

La Esfera

Año V * Núm. 211

Precio: 60 cénts.



LA VIRGEN EN CONTEMPLACIÓN. cuadro de Sassetto, que se conserva en el Museo del Prado

LEUTZ

Calle Nicolás Ma Rivero
11
CASA CAMPS
MADRID

*Los Reyes Magos han acertado trayéndome un Piano MANUALO,
mi sueño dorado, lo que más ambicionaba en la vida*

**REAL SANATORIO
DEL
GUADARRAMA**

M 1887

PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA
Estación de altura: 1.700 metros sobre el nivel del mar.—Mayor sequedad de atmósfera
y muchas más horas de sol que en sus similares del Extranjero.—Abierto todo el año.
Para informes, dirigirse al señor Director-Gerente, **Barquillo, 3, Madrid**

UN RESFRIADO MAL CUIDADO
es una puerta abierta
à todas las **ENFERMEDADES**
de la **GARGANTA**, de lo **BRONQUIOS**
y de los **PULMONES**
! NO DESCUIDE V. JAMAS UN CONSTIPADO!
PUEDA V. CURARLO
en pocos dias, radicalmente y à poco coste
con el empleo de las

PASTILLAS VALDA
ANTISÉPTICAS
Pero, sobre todo, no emplee V. sino las
VERDADERAS
PASTILLAS VALDA
las que se venden sólo
En CAJAS de Ptas. 1.50
con el nombre **VALDA** en la tapa
y nunca de otra manera
AGENTES GENERALES: Vicente FERRER y C^o,
BARCELONA.

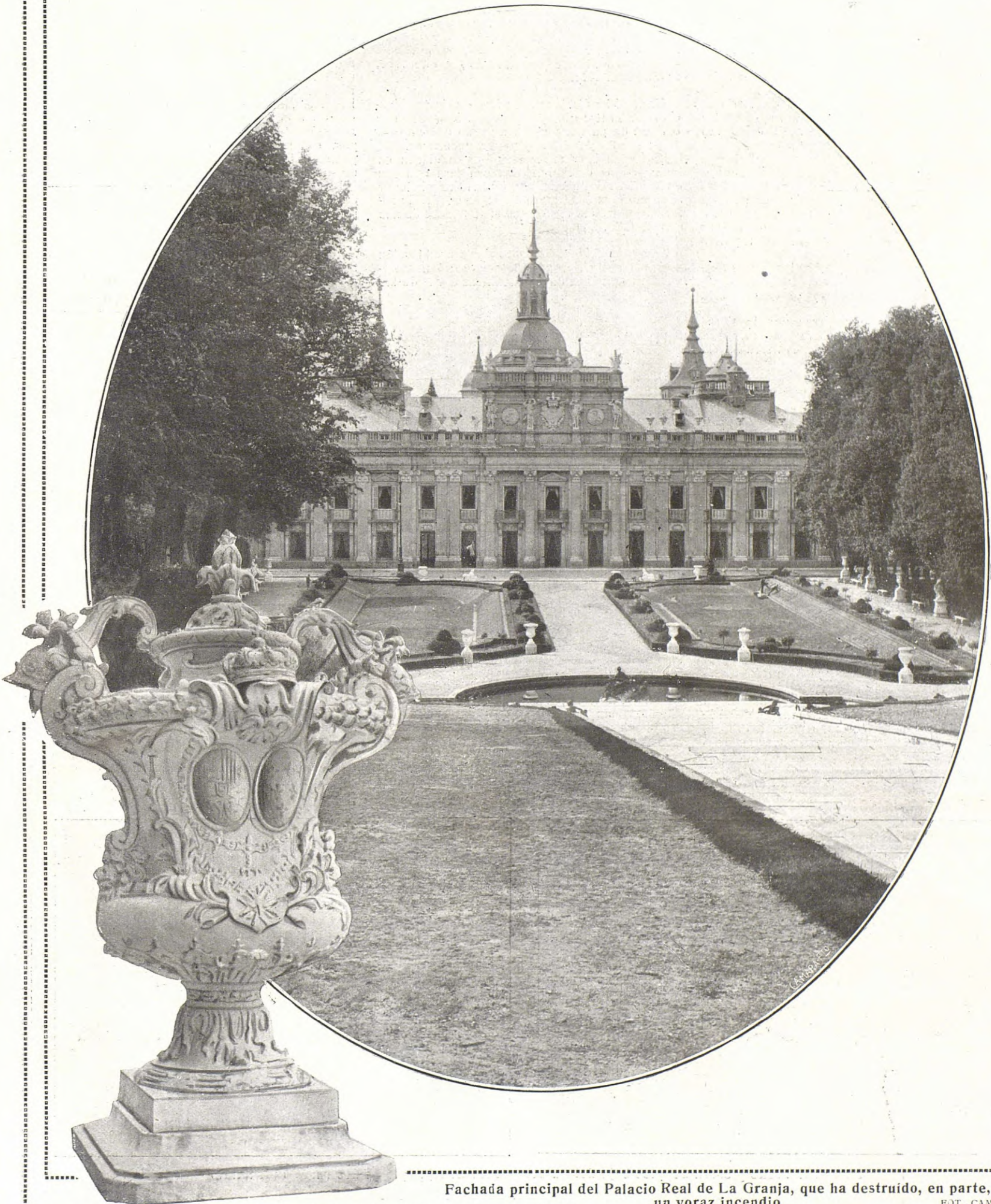
Fórmula:
Menthol... 0,002
Eucalyptol... 0,0005
Azúcar-Goma.

La Esfera

Año V.—Núm. 211

12 de Enero de 1918

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



Fachada principal del Palacio Real de La Granja, que ha destruido, en parte, un voraz incendio

FOT. CAMPÚA

DE LA VIDA QUE PASA
ANTE LAS RUINAS GLORIOSAS



FELIPE V

Aquí de la gran plaga de poetas circunstantes que en los tiempos de ayer disparaban el tesoro de su inspiración en habiendo una ventura ó una calamidad públicas.

¡Oh, aquel insigne D. Luis Bautista de Arriaza! ¡Ahora pudiera lucir su estro tan inspiradamente como solía, ante esta enorme calamidad que en el breve espacio de unas horas ha destruido el Alcázar

de La Granja, y con él sus maravillosas riquezas de arte!

El humo negro que subía sobre las llamas destructoras, era como sahemerío de históricos capítulos é íntimos recuerdos que caían en la nada...

La nostalgia de un monarca por la tierra donde nació, hizo surgir exuberantes jardines en medio de la árida Castilla, que es tierra bravía y fuerte, enemiga de galas...

Felipe V, dado más á la melancolía que al bullicio cortesano, gustaba, sobre todos los sitios reales, de éste, y en él pasó la mayor parte de los años que ciñó la corona de España.

Desde allí, con el ministro Grimaldi, fué *ayogente* de su hijo D. Luis, aquel infortunado monarca que tan poco espacio se detuvo en la vida y en el trono. Allí recibía noticia de los desmanes deshonestos de su nuera Luisa Isabel, siendo insuficiente su autoridad y amenazas para lograr corregirla; y cuando, luego de la muerte de su hijo, hubo de sentarse de nuevo en el trono, siguió gustando más de la placidez de La Granja que de la grandeza de Madrid.

Como si fuera poco la pasión de ánimo que de continuo le atormentaba, allí padeció la mordedura cruel de los celos, por la banalidad de su segunda esposa, Isabel de Farnesio; y la gentileza de Juan Bautista Saqueti, alarife del fenecido palacio y de estotro magnífico que es mansión regia en la cortesana villa...

Aquellos jardines, ahora cuajados de nieve salpicada de tizones y sembrados de ruinas, víéronle pasear desnudo en las crudísimas noches de invierno, y ese mismo estanque que ahora ha negado su agua para contener el fuego, quizá le tuvo en su recinto, croqueando como las ranas.

En aquellas estancias magníficas se escuchó por primera vez la voz maravillosa de *Farinelli*, y al encanto de ella consiguió que de vez en cuando se ocupara el rey de los negocios del Estado.

Muerto el infelice monarca el 9 de Julio de 1746, la reina viuda hizo su residencia en el Real Sitio de San Ildefonso, pasando cortas temporadas en Riofrío, y viniendo á la corte sólo para actos de gran etiqueta, y cuando por muerte de Fernando VI regentó la corona hasta la llegada de Carlos III, su hijo. Luego de esto, tornóse á su *rincón*, donde, con los setenta mil duros de renta que lególe D. Felipe, su camarilla de azafatas y favoritos y la ayuda de Dios, intrigaba cuanto podía, hasta que, el 10 de Julio de 1776, finó en esta vida.

...

Carlos III y Carlos IV hubieron más predilección por El Escorial y El Pardo; solamente con ocasión de partidas de caza solían aposentarse en este lugar predilecto de sus antecesores.

Entre las batidas famosas que se dieron en las cercanías de San Ildefonso, figura una que organizó Godoy para divertir á la reina y halagar al confiado monarca, en la que se empleó la artillería, ni más ni menos que si se tratase de una gran batalla.

...

Fernando VII también hubo cierta predilección por este real sitio, y así le enriqueció notablemente, trasladando á él magníficas obras de los

beliones y bandos, fuése allá con intención de acabar sus días lejos de la política y la intriga; mas no le valió el buen deseo, que allí mismo fueron á buscarle las ambiciones y ansias de medro, con poco respeto al doliente que, acurrucado en el tibio amor de los suyos, esperaba el postrero instante de su vida.

Los partidarios de D. Carlos vieron en pocos momentos engreírse y perderse su causa, y Calomarde sintió atormentada su rubicunda faz por la *blanca mano* de la infanta Carlota.

En ese mismo palacio que han consumido las llamas, se estableció y abolió en poco menos de un siglo la *ley Sálica*, que determina el derecho á la sucesión de la corona...

...

Como media jornada antes de llegar al recinto que hoy no es más de montón de escombros, extiéndose una amplia finca que lleva el nombre optimista de *Quitapesares*. En ella, una tarde de fines de Diciembre de 1833 (muy pocos meses después de haber muerto el monarca), la reina viuda escribió en su vida una bella página romántica: se casó en secreto con un soldado de su guardia: D. Fernando Muñoz, que fué más tarde duque de Riánsares...

Algún tiempo más tarde, en aquel soberbio salón del Trono, que ya no existe, escuchó María Cristina la voz enérgica de los sargentos sublevados, y, como consecuencia, hubo de acogerse á su nuevo hogar, comprendiendo que España no podría ser feliz bajo su regencia...

...

Ya no correrán alegres las fuentes el día de San Luis, ni la infanta Isabel, que era como el alma y la vida de La Granja, querrá tornar á ella, por ahorrarse la pesadumbre de ver ruina y miseria donde todo fué magnificencia de las Artes y esplendores de Natura...

Como, según un dicho del vulgo, «las cosas de palacio van despacio», han de transcurrir muchos años hasta que se alce otro tesoro sobre las cenizas del tesoro perdido, y ¡quién sabe si entonces las musas románticas y un tanto picarescas, que siempre gustaron de la vieja mansión, querrán entrar del brazo de la Historia en el Alcázar nuevo...!

DIEGO SAN JOSÉ

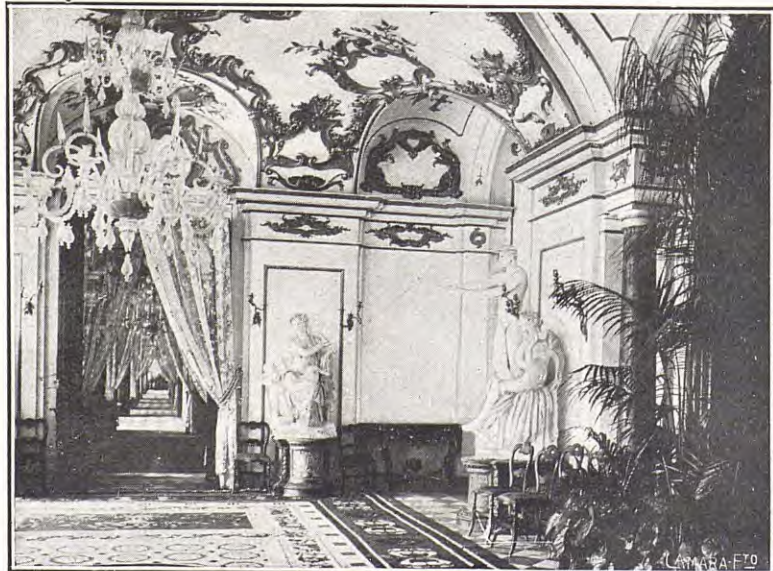
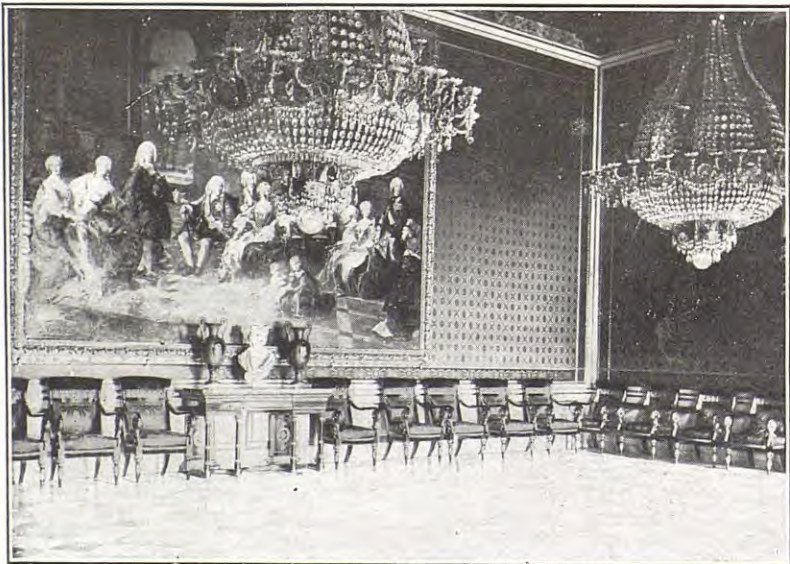


FERNANDO VI

palacios de Madrid, Aranjuez, El Escorial y El Pardo.

No sino dijérase que lugar tan bello, de tan abierto celaje y alegres vergeles en que el agua cristalina, llevada por complicados é ingeniosos cauces, forma en el espacio labores de maravilla, era el *sanatorio* de los monarcas condenados á morir de melancolía.

También el *Desaído* quiso pasar en él las últimas (y entiendo que únicas) horas amargas de su reinado, y cuando, revuelta y desmadejada España por su mal gobierno, hervía toda en re-



Salón del Trono y salón del piso bajo del Palacio de La Granja, que ha destruido un incendio

FOTS. MAESO

ESCUELA FRANCESA
 LOS MÁS BELLOS CUADROS DEL MUSEO DEL LOUVRE



“La Virgen de la Hostia”, por Ingres

INGRES (1780-1867) fué discípulo de David, y comenzó á adquirir notoriedad en 1806 con retratos á lápiz que contaban ya entonces y que contarán siempre como verdaderas maravillas del arte. Comenzó Ingres por apartarse de toda la influencia artística de su época—incluso de la de David—para adoptar una manera en absoluto personal é independiente. Discutido y hasta censurado por sus contemporáneos, que le tachaban de arcaísmo y le consideraban como un restaurador del arte de los predecesores de Rafael, Ingres fué evolucionando hasta ser, entre los clásicos, el más intransigente. Fué, ante todo y sobre todo, Ingres, un maestro incomparable del dibujo, verdadero científico de este arte, que poseyó, como un don, el sentido exacto de las proporciones, de las perspectivas y de los relieves. En cambio, este carácter matemático, por decirlo así, del dibujo de Ingres, restó á su obra toda emoción y toda pasión, y excluyó de ella todo reflejo de ensueño. Para Ingres, la pintura en sí misma, como técnica del colorido, era cosa que no merecía gran aprecio ni real atención. La fórmula de Ingres se resumía en esta frase, que el gran artista prodigaba en respuesta á las frecuentes censuras de que

era objeto: «Lo que está bien dibujado—decía—está siempre suficientemente bien pintado.»

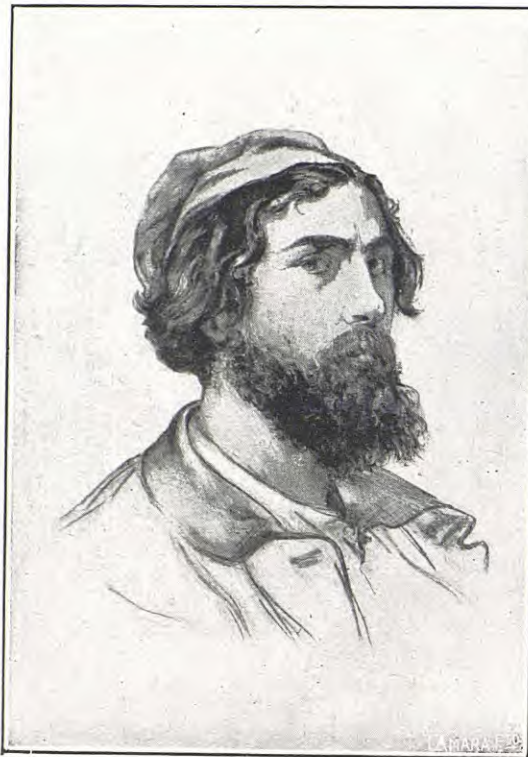
Delacroix afirmaba que Ingres aplicaba el color sobre sus dibujos como un confitero aplica el jarabe sobre un pastel... Y al contemplar, por vez primera, uno de los cuadros de Ingres que habían de alcanzar mayor celebridad, el titulado *La Vierge à l'Hostie*, Horacio Vernet se permitió exclamar: «Hace veinte años que este hombre nos coloca el mismo azul!» (1). Por estas razones ocurre con los lienzos de Ingres una cosa singular, y es que su belleza resalta mucho más y se aprecia mucho mejor en las reproducciones fotográficas que en los propios originales. Esto es así, porque en tales reproducciones sólo aparece la labor del dibujante sin igual que Ingres fué, y desaparece, en cambio, el trabajo del mediocre pintor que hubo de ser aquel formidable maestro del lápiz.

(1) *Il y a vingt ans qu'il nous fiche des bleus pareils!*

ARTISTAS DE AYER
URRABIETA VIERGE



"Escena madrileña" (dibujo de la primera época)



DANIEL URRABIETA VIERGE
(autorretrato)



"Le fauve" (ilustración de la obra de Rosny)

FUE al día siguiente del apoteósico retorno de Víctor Hugo á París.

La gran ciudad vibraba de entusiasmo al recobrar su poeta. Bajo el sol radiante, en el aire que enjoyecían flámulas, grímpolas y vitores, la multitud era una vez más su tentación artística. La multitud que aprendió á ver en las revueltas de España, que copió en las heroicas convulsiones del Sitio y de La Comuna en Francia; la multitud que su poderosa imaginación arrancó al secreto de los siglos pretéritos para ofrecerla palpitante de vida y de realidad en la *Historia* de Michelet, en las novelas de aquel mismo poeta á quien París acogía fervorosamente.

Vierge dibujaba, dibujaba, iba llenando todas las hojas enteras de sus varios álbumes incansable, sediento de detalles, de momentos fugaces, de repentinas actitudes, de agrupaciones que instantáneas se formaban y con igual rapidez se deshacían.

Luego, en su casa, protegido por la doble caricia de su lámpara y de su amada que tendían sobre su trabajo un fulgor tranquilo, Vierge siguió dibujando toda la noche. Así trabajaba hacía más de quince años. Antes que á leer aprendió á dibujar. Las cosas y los seres tuvieron antes para él líneas y movimientos que nombres.

Y bruscamente, bárbara y obscura, la Naturaleza se rebeló contra él.



"Violinista" (retrato de Clara)



Escena de "El escultor y el duque" (poema de Zorrilla)



"La miseria en Londres" (aguafuerte)

Una hemiplejía le acomete en su mismo pupitre ante los dibujos que empezaba á componer con sus apuntes callejeros narrando para *La Monde Illustré* la vuelta triunfal del poeta.

Queda paralítico del lado derecho, mudo, hundida en sombras su inteligencia. Le quedan, sin embargo, libres la mirada y la voluntad. Ellas realizarán el milagro, tenaces, retadoras, del destino.

Son dos, tres años terribles que el fulgor dulce y apasionado de Clara, la amada del simbólico hombre, no le abandona. Clara significa en la vida de Vierge lo más florido y lo más amargo. Sabía bellas canciones de la patria lejana, conocía el secreto de dar su cuerpo á las ficciones pictóricas y á los indumentos exóticos que el dibujante la imponía; supo, luego, en las horas angustiosas del paralítico, ayudar los despertamientos de su inteligencia. El artista había olvidado todo, menos su arte. Olvidó leer, olvidó escribir, olvidó su nombre y, sin embargo, cuando su mano izquierda empezó á dibujar, las líneas acusaban una maravillosa perfección.

¿Imagináis más romántico drama que el de este hombre cuya mano derecha queda inútil y que lentamente, de entre las nieblas de su cerebro, extrae la fuerte obsesión de que la mano izquierda cumpla con un deber ignorado hasta entonces?

Al cabo de cuatro años Urrabieta Vierge vuelve á llamar á la puerta de *Le Monde Illustré* que le abrió por primera vez Carlos Iriarte. Lleva su cartera llena de dibujos. Arrastra un poco la perna derecha y su brazo derecho pende inerte á lo largo del cuerpo; habla con dificultad; pero ¡qué extraño esplendor tienen estos nuevos dibujos suyos, hijos de la voluntad, creados con la mano más ligada al corazón! Son tal vez mejores que los ejecutados con la mano derecha. Detrás quedan las escenas de la guerra franco-prusiana, de la Comuna, de la Exposición Universal de 1878, del breve reinado de Mercedes, la esposa de Alfonso XII; las ilustraciones de la *Histoire de Fran-*

ce, de las obras de Hugo, del *Gil Blas*. En lo futuro habrán de ser superadas por nuevos trabajos de la vida y de los libros. Si su mano derecha ilustró *El gran tacaño*, su mano izquierda ilustrará *Don Quijote de la Mancha*.

En esta segunda época el arte de Vierge se amplifica y se sutiliza al mismo tiempo. Adquiere nuevos matices de belleza técnicos que el adelanto de las artes gráficas contribuye á hacer resaltar más aún. Es también la época más aureolada de gloria y, por ende, mejor retribuida.

Y es entonces cuando Clara, como si su misión ya estuviese cumplida, como si fuera un obstáculo con la irregularidad social de su amor libre y santificado por la sola voluntad de ellos mismos, desaparece. Muere súbitamente, una tarde en que leía al artista un fragmento de la obra que estaba ilustrando.

El amor á Clara y el amor á su madre fueron tal vez los más firmes y profundos resortes sentimentales de Urrabieta Vierge. Supo sobreponerse al dolor de perder la amante é incluso se casó algún tiempo después con una dama francesa; pero no pudo sobrevivir mucho tiempo á su madre. Ella murió el 2 de Abril. Y el 12 de Mayo de 1904, sufría Daniel Urrabieta Vierge un segundo ataque que paralizó para siempre lo que el primero había respetado: su corazón y su mirada...

ooo

Daniel Urrabieta Vierge era español, é hijo de Vicente Urrabieta, dibujante de *La Ilustración Española y Americana* é ilustrador de novelas toletinescas por el estilo de *María ó la hija del jornalero*. Nació en Getafe el año 1851 y asistió á la clase de Madrazo en la Academia de San Fernando, con Fortuny y Villegas, el actual director del Museo del Prado.

Antes de cumplir los veinte años se trasladó con su familia á París y empezó á dibujar en *Le Monde Illustré*, firmando con el apellido materno, de origen francés, para no ser confundido con su padre.

La obra de Daniel Vierge se divide en dos



Escena del "Quijote" (dibujo)

partes: la del dibujante de periódicos y la del ilustrador de obras literarias.

La primera queda repartida en las colecciones de *Le Monde Illustré*, *La Vie Moderne*, *La Revue Illustré* y *La Ilustración Española y Americana*.

Rectificó totalmente el criterio de esta clase de colaboración periodística. Dió un realismo palpante, una movilidad portentosa á estos comentarios gráficos de la vida. Sorprendía con rapidez las escenas y sabía expresar en un reducido espacio de papel la sensación de la multitud. Repasando estos dibujos que Vierge hizo de los momentos trágicos ó felices del París de 1870 á 1900, no solamente no se echa de menos las fotografías, sino que las supera en belleza y hasta en exactitud.

Pero donde la labor de Daniel Vierge llega á ser insuperable es en sus ilustraciones de obras españolas. A través del tiempo y de la distancia Daniel Vierge conservó siempre hondo amor á España. Era amor algo substancial de su propia naturaleza. Acaso viviendo en España no la hubiera amado tanto como lejos de ella. Viejas canciones españolas entonaba con su recia voz de barítono y llenaban su estudio en las horas de trabajo; obras de Quevedo, de Lope, de Cervantes, de Calderón había en su librería ó tenía al alcance de su mano entre los álbumes inconclusos, los platillos de tinta china y los lápices y pinceles. Una palabra española—bien característicamente española—fué la gramera que pronunciaron sus labios y repitió y masticó muchos meses antes de poder hablar de nuevo: ¡Paciencia! Así han surgido de sus dos manos las ilustraciones prodigiosas de *La monja alférez*, *Gil Blas de Santillana*, *Carmen*, *El barbero de Sevilla*, *El último abencerraje*, y de las obras de *Figaro* y de *Zorrilla*; así sus evocaciones desde la tierra adoptiva, de la tierra paterna en las noches blancas de Navidad. Así, sobre todo, *Don Pablo de Segovia*. (título de la edición francesa de *El gran tacaño*) y *Don Quijote de la Mancha*.

SILVIO LAGO



Escena de "Don Pablo de Segovia" (aguafuerte)

CUENTOS DE "LA ESFERA"

EL TRIUNFO DE BALTASAR

ME consta que aquella noche, los Magos se reunieron en consejo. Divididas estaban las opiniones, y dos de los reyes orientales no eran partidarios de que se prolongase tal estado de cosas.

—Es deprimente—exclamaba Gaspar, haciendo que sonasen las láminas de su coselete militar sobre su pecho robusto—. Consideren lo que significa mi personalidad, y díganme si no representa algo contrario á la mentira. Soy un caballero, el que abrió la serie de tantos como combatieron á la felonía y á la traición. Y vengo tolerando secularmente, que me tomen como pretexto de un engaño, del cual son víctimas unas criaturas candorosas. Se las hace creer que yo, y vosotros, también personas serias, entramos en los hogares como ladrones, nocturnamente, por el balcón ó la chimenea, á dejar en los zapatos de la chiquillería juguetes y nonadas.

—Oiga su mercé—interrumpió Melchor, el de la testa lanosa—. Los ladrones, amigo, no dejan ná. Se lo llevan toíto si pueden.

—Bueno, yo sé lo que digo—gruñó el guerrero—. No entiendo por qué no nos atenemos á la verdad monda y lironda. Sería esto más propio de monarcas, de sabios, de valientes: entiéndalo bien, abuelo Baltasar. Nos han repartido un papel de farsantes. Yo estoy cansado de él.

Baltasar, gravemente, movía la cabeza resplandiente de blancura, como coronada, más que por la asiática mitra de oro, por la cabellera magnífica, que le bajaba hasta más de los hombros.

—A ti, Gaspar—murmuró—, no te agrada sino lo que cuesta llanto. A mí, al revés: me gusta lo que consuela un poco á la pobre humanidad. Aquel Niño á quien hemos adorado un día en un portal tan pobre, para consolar vino... Si todos fuesen como tú, Gaspar, á cada paso gemiría más la estirpe de Adán el Rojo, primer hombre que apareció en la superficie del planeta.

—Tú eres muy sabidor, Baltasar—murmuró respetuosamente el Batallador—. Noche y día estás inclinado sobre tus libros, ó manejando los instrumentos con los cuales escrutas las estrellas. En tu retiro, enciendes un horno, y fundes toda clase de metales, para descubrir el secreto de cómo pueden transformarse unos en otros, y probar que proceden todos de una misma primi-

tiva materia. ¿Para qué investigas tanto, Baltasar?

—Eso é. ¿A qué revuelve su mercé tanto?—secundó el Negro.

—No parece sino que lo ignoráis—exclamó el viejo—. Para encontrar la verdad.

—Y entonces—redarguyó Gaspar—, ¿cómo quieres que faltemos descaradamente á ella, co-

desprecio indulgente—. No habéis aprendido á discernir los engaños. ¿No os acordáis cómo engañamos al cruel Herodes, regresando á nuestras patrias por caminos ocultos, para que no supiese dónde estaba el Portal misterioso? Hay engaños de belleza, de bondad, de compasión profunda hacia los males del Hombre, y uno de ellos, el que nos ha cabido en suerte ejercitar.

Cuando esa Noche vayamos á adorar al Niño, á poner ante su lecho de paja nuestra ofrenda, preguntadle si hacemos bien en disminuir la dosis de contento que por esa leve superchería disfrutaban tantas criaturas.

—Pues á lo menos—objetó Gaspar—, substituyamos la falsedad con una realidad sencilla. Demos en persona, obsequios á los nenes. Somos opulentos: yo he dominado tierras espléndidas; Baltasar esconde fantásticos tesoros; Melchor reina en el país donde se recogen las perlas á espuestas y las plumas y el oro á montones. Por una vez al menos, hagamos las cosas como corresponde á grandes príncipes y señores que somos. Regalemos de veras, y no juguetería de bazar. Transformemos en verdad la mentira consagrada—. Pareció bien la propuesta á los Reyes. Les halagaba aparecer, ante sus infantiles protegidos, como fastuosos protectores. Ahora verían lo que son los magos de Oriente. Y á toda prisa buscaron los objetos que debían repartir. A lomo de camellos, desdénando el tren y sus industrialismos, despacharon hacia la corte de las Españas la carga preciosa. Fardos y fardos fueron descargados precipitadamente en sitio seguro, evitando que el Gobierno, solícito siempre, los requisase. Y la noche que precede á la Epifanía, los Reyes comenzaron su tarea de distribuir valiosos presentes



metiendo una acción inmoral, manteniendo un embuste continuo?

—¿Inmoral?—preguntó Baltasar, con sorpresa.

—Inmoral, sí, señor, porque es sostener una falsedad de las más absurdas. Vamos, no parece sino que aquí no estamos todos en el secreto. ¿Qué juguetes damos á los chicos? Son las mamas, son los papás, son los padrinos, son los abuelitos chochos quienes reparten las sorpresas y las dádivas. ¿Difundir el engaño, nosotros, que estamos en los altares?

—¡Vaya, vaya!—musitó el anciano, en tono de

á los chicos. Haciéndose invisibles por las mágicas artes de Baltasar, entraron en palacios y casuchos, alborozados con suponer que escucharían bendiciones, que los niños tendrían frases de simpatía calurosa para los Magos. Los pequeños, generalmente, fingían dormir, acurrucados en sus camitas; pero, en realidad, estaban ojo avizor y oído alerta, sofocando las ganas de reír y de cruzar comentarios y dicheos graciosos. Al notar que alguien andaba en la habitación, que alguien se acercaba á sus lechos, unos daban luz á la bombilla del enchufe; otros se tapaban me-

jor, palpitantes. Y los Reyes percibían un gorjeo confuso, entrecortado de exclamaciones, y luego, frases relativas á la dádiva que empezaban á admirar.

—¡Mira, Lulú, que preciosidad de broche me regala mamá este año!

—¡Huy! ¡Pues lo mío! ¡No te digo nada! ¡Un cinturón de oro, con piedras azules, y todo hecho de escamitas!

—¡Anda, un collar de perlas!

—Oye, Fifino, ¿no preferirías tú un polichinela? Fifino reflexionó un momento.

—Un polichinela, no. Un aeroplano, sí que me gustaría. Y uno de esos tanques, ¿sabes? Como el que vimos en la Embajada inglesa, en el cinematógrafo. Ahora lo hay en los refrescos...

—¿Sabéis lo que ha pasado?—gritó un rubiote de cinco años, en tono de asombro—. El abuelo, para chasquearme, ¿sabéis lo que ha discurrido? Se ha disfrazado de rey negro para dejarme este cuchillo tan mono...—Y enseñaba un puñal

árabe incrustado de turquesas y corales, y todo bordado en filigrana de plata.

—¡Soñaste!—fallaron los hermanillos.

—No soñé, no soñé, ¡jea!—afirmó casi llorimi-queando el rubio—. ¡Le he visto, le he visto! Venía todo tiznado; ¡como si yo no le hubiese de conocer!

Melchor, que atendía, abrió como ventanas los grandes ojos de blanquísima córnea. ¡Había querido aparecerse en su verdadera figura, sólo un instante, para gozar de la sorpresa de los chicos, y he aquí que le confundían con el abuelito, embadurnado de hollín!

—Pero, ¿serán tontos nuestros papás!—declaró Fifino—. Cada año nos embocan que los regalos vienen de Oriente... ¡Hay que ver! Ni que nos chupásemos el dedo. Lo que es á mí no me la pegan.

Un coro de voces se alzó:

—¡Ni á mí!

—Hijas—saltó una morenita despabilada—,

está bien que papás no nos la peguen; pero no se lo digáis, porque si no, el año que viene, tal día como hoy, nos darán... memorias á la familia. También nos hacen demasiado simples. Mira tú si vamos á creernos que unos reyes, de tan lejísimos, se molestan por nosotros... ¡y con el frío que hace! Y también por Chanchito, el chico del zapatero... ¡figúrate!

—Es lo que yo digo siempre...—aprobó Fifino, caluroso—. ¡Pero no quitarles á papás la ilusión de engañarnos: y á engañarnos nosotros!

Atónitos, aturcidos, escuchaban dos de los Magos la conversación infantil. ¿De modo que...?

—¡Venerable Baltasar! ¡Tenías razón!—prorrumpieron el Negro y el Guerrero—. Nos inclinamos ante tu sabiduría. ¡Eramos unos bobos!

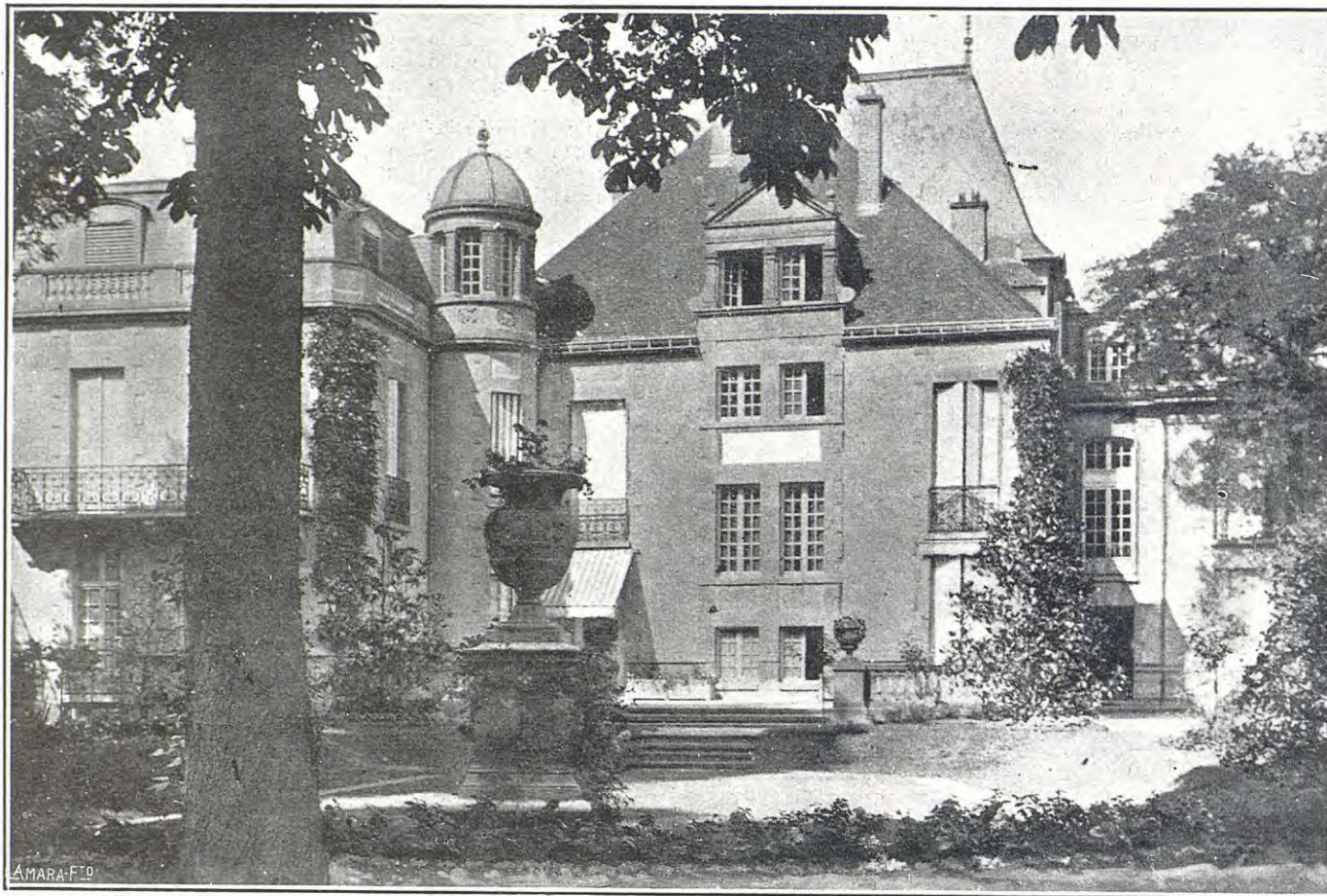
—Naturalmente—sonrió, dentro de su ondulosa barba argentada, el Anciano.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS



ARQUEOLOGÍA SENTIMENTAL
¿AMÓ MADAME DE SÉVIGNÉ?



Casa de madame de Sévigné, en Vichy

MUCHAS veces los escritores franceses repiten esta frase: «Madame de Sévigné no envejece.» No envejece, como no envejecen La Fontaine y Montaigne, mientras que otros escritores, que parecen más grandes, van cayendo en el olvido: Eugenio Sué, que fué tan popular; Víctor Hugo, el mismo Zola. No envejecen, acaso, porque está en ellos, más que en cualesquiera otros, la gracia, la ligereza, la perspicacia, el sutil ingenio, la penetrante ob-



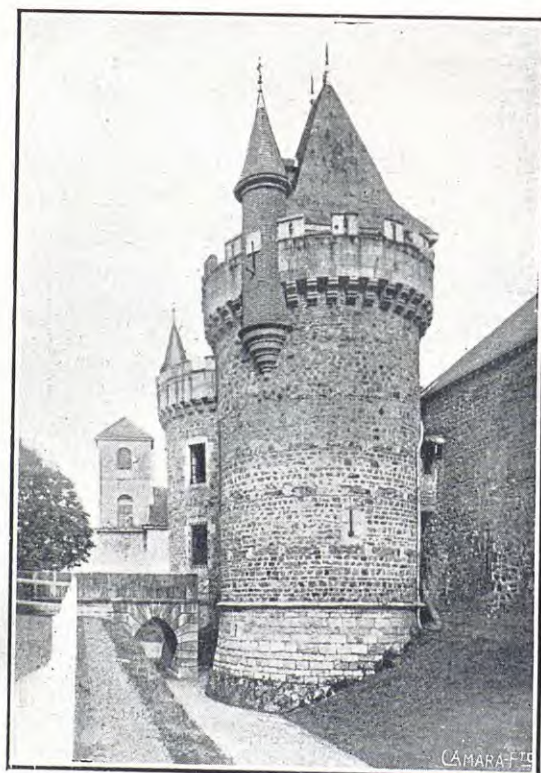
MADAME DE SÉVIGNÉ

radas, donde escribió muchas de sus páginas, llenas de augusta serenidad. Concebimos entonces el curioso fenómeno de trastocamiento de las cualidades indagadoras y eruditas de arqueólogo é investigador del sabio barón de Walkenäer. Le admiraban los naturalistas por sus estudios sobre las arañas; le ensalzaban los geógrafos por su *Geografía antigua de las Galias*; le discutían los humanistas por sus dos tomos sobre Horacio; y he aquí que, cuando se le suponía entre-



Torres de entrada al castillo de Busset, en las cercanías de Vichy

servación y la misericordia del espíritu francés. ¡Cómo hubiera reído aturdidamente, con su alegría, más que comunicativa, contagiadora, la misma madame de Sévigné, si hubiera podido conocer en vida este juicio, formulado repetidamente por la posteridad! Porque, ante todo, esa alegría, buena y tolerante, es la nota característica de su espíritu, de su talento y de su existencia. No se refleja sólo en sus libros, sino en su conducta y en el ambiente de que quiso rodearse. Jamás podrá sentirse esta sensación de la perdurabilidad del espíritu íntimo de un escritor preferido, á través del tiempo, como lo sentí en Vichy contemplando la casa que fué de madame de Sévigné, donde ella buscó refugio muchas tempo-



Fosos y puente levadizo del castillo de Busset, próximo á Vichy

gado á arduas averiguaciones sobre la dominación romana, sorprende á los literatos publicando las *Memoirs referentes á madame Sévigné y sus escritos*, escritas con tal apartamiento de sucesos desconocidos, con tal minuciosidad de detalles, con una intimidad tan deliciosa, que —según un crítico de la época— parece «como si no se hubiese separado de madame de Sévigné un instante y como si en toda su vida no hubiese tenido que hacer otra cosa».

¿Qué le había ocurrido al estupendo sabio barón de Walckenäer? Le había ocurrido que había ido á Vichy á estudiar los restos que allí quedan de termas romanas, con sus piscinas y acueductos y vías subterráneas, gemelas de las que del mismo tiempo se descubren en Caldas de Malavella, en la vertiente española del Pirineo.

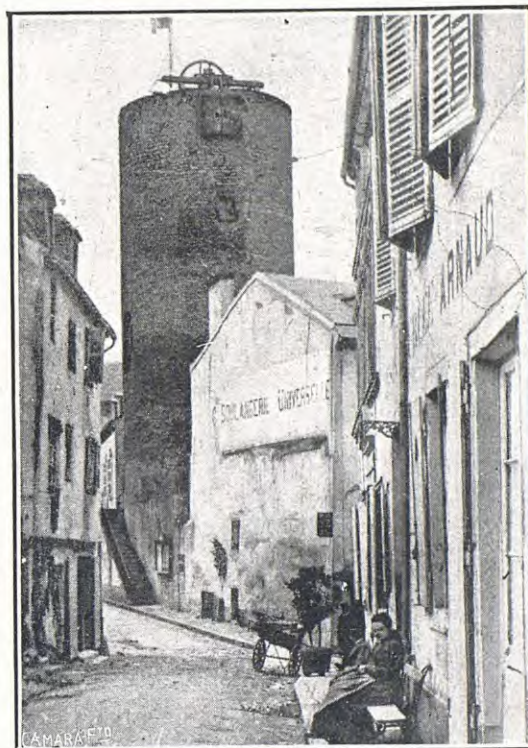
Para la sagacidad del barón de Walckenäer había allí una ardua cuestión filológica que dilucidar, y tras ella una cuestión histórica de gran importancia. ¿Vichy era el *Vicus calidus* de los romanos, ó pertenecía este nombre al actual *Chaudes-Aigües* allí cercano? ¡Oh!, no. Vichy tiene mucha más antigua ejecutoria. ¿No está claro, como la luz del día, que Vichy quiere decir *lugar salubre*? Claro es que, para verlo, se necesita saber nada menos que el lenguaje que hablaban los celtas, cosa que es un poco hipotética, y en esta hipótesis parece ser que *wi* quiere decir *lugar*, y *ich* quiere decir *sano*. La y griega es una propina filológica.

En estos profundos abismamientos y, acaso, atiborrado por sabe Dios cuántos vasos de *grande-grille* ó de *chomel*, de *grand-puist* ó de *hôpital*, de *acacias* ó de *celestins*, y embriagado por tanto ácido carbónico, pasó un día el Barón por delante del palacete de madame de Sévigné... ¡Oh, Apolo, dios del ingenio y la poesía!... ¡Oh, Venus, diosa de la belleza y de la gracia!... ¡Oh, musas inspiradoras de todas las Artes! ¿Cómo puede perder un hombre el tiempo miserablemente en averiguar cosas de los romanos y los celtas, de las arañas y los poetas latinos, cuando tan á la mano y tan cerca de nuestra edad alienta desconocido en sus divinas intimidades un espíritu tan sutil, tan alegre, tan humano, tan gozoso en su sanidad espiritual, tan sencillo y tan complejo á la vez, tan acorde entre sus pensamientos y sus actos? Jorge Sand y madame de Sévigné son los dos polos de la mujer francesa, los dos símbolos de toda la feminidad de una raza.

Imaginad que en lugar de este apacible retiro de Vichy, con sus ruinas romanas y medioevales, con su castillo de Busset, con su banalidad de sanatorio, por donde las gentes pasan rápidamente, nos encontramos en San Germán ó en Versailles, en medio de la Corte de Luis XIV.—Ya conocéis el mínimo valor que en esta Corte tiene la palabra *pecado*. Es como una linda y diminuta joya de mucho precio que se tiene la vanidad de llevar disimuladamente, como si deseáramos que no se nos viese, cuando, en realidad, ponemos todo nuestro orgullo en ostentarla.— En medio de esta Corte, madame de Sévigné, tan alegre, tan atra-



La calle de Nimes, de Vichy



La torre del Reloj, en Vichy



Vista general de Vesse, tomada desde los muelles de Vichy

yente, tan sugestiva, tan llena de gracias, ya que no fuese una verdadera belleza, aun teniendo muy lindas facciones y siendo admirada por su ingenio, adúlada por su talento, cortejada por su fama, solicitada por su influencia como reina de una de las camarillas que parecían pequeñas cortes feudatarias, se conserva pura, y toda corazón vive una vida sin cariño, y hace resplandecer su masculinidad de escritor con el contraste de su feminidad como madre singularísima.

¿Qué horas de inmensa tristeza, de desolaciones inconfesables son las que hacen huír á madame de Sévigné de la Corte y recluirse en su refugio de Vichy? Ese fué el problema de arqueología sentimental que

quiso resolver el barón de Walckenäer, interrumpiendo sus pacientes investigaciones sobre la moral de las arañas y las costumbres de los celtas. En realidad, de la tremenda prueba á que la someten los ojos de este Argos sapientísimo, sale madame de Sévigné tal como la conocíamos. Es una mujer toda amor que no pudo llegar á amar, y ya, un poco tarde, entregó á su hija el inmenso tesoro de cariño que guardaba su corazón. «Huérfana desde la niñez—dice uno de sus biógrafos—, no gozó la ternura filial; jamás habla de su madre, y hasta sucede que una ó dos veces se chancea con el recuerdo de su padre, á quien no había conocido. El amor conyugal, al que se entregó confiadamente, le fué presto amargo, y apenas tuvo tiempo para entregarse á él. Viuda joven y bella, de carácter franco y atrevido, como una deslumbradora Celimena, dió ejemplo de virtudes á Francia entera, que bien las necesitaba en aquella edad...»

Y, sin embargo, esta casa de Vichy, tan luminosa, tan alegre, tan franca como su dueña, ¿no parece un nido de amor? Estremeceros. ¡Un sabio es un hombre terrible! El barón de Walckenäer ha visto pasar una sombra. Es la sombra de un galán apuesto y joven. Es el señor Bussy, primo de la insigne escritora. No hay una prueba ni un hecho concreto. Los enamorados de la Corte de Luis XIV, menos confiados que los celtas, no dejaban sus intimidades grabadas en pedruscos que luego descifrarán los sabios.

Pero la sospecha perdura; seguramente no unió á Bussy y á su prima una gran pasión; acaso el idilio se rompió en sus comienzos; acaso detuvo á madame de Sévigné en la pendiente una oportuna fuga de París; una llegada oportuna á esta casita alegre de Vichy, tan llena de intimidad y de gracia, tan severa con las líneas rectas de su fachada, tan luminosa y tan alegre... ¡Allí, sin duda, la mujer más espiritual de Francia, que parecía un símbolo de la alegría, consiguió estrangular su propio corazón! ¿Cómo no sospechó el sabihondo barón de Walckenäer que este triunfo admirable de la virtud pudiera deberse al ácido carbónico de los manantiales de *Grande-grille* ó de *Hôpital*, ó al efecto de las duchas del *Puits-carré*, de las que la misma madame de Sévigné decía que eran un segundo purgatorio? No le valió de mucho la sabiduría.

“LAS MUJERES”
LAS PERFUMADAS

HACE ocho ó diez años, cuando en la iglesia, en el teatro, en cualquier sitio donde sereunían varias mujeres, pasaba ante nosotros una muy perfumada, solíamos decir husmeando:

—«¡Hum, qué gusto! ¡Qué perfumada va! ¡Parece una francesa!»

Ahora, gracias á Dios, no decimos «parece una francesa», porque las mujeres españolas se perfuman en mucho mayor número: pero decimos otras cosas peores. Los españoles, en general, creemos que una mujer que se perfuma, si no es completamente irregular, por lo menos está á dos dedos. ¿Será que no nos gustan los perfumes? ¡Ca! Nos gustan hasta perecer. Pero también nos gustan otras cosas, que como las mujeres perfumadas, se nos antojan poco honorables.

¿Qué diantre tendrán que ver los perfumes con la honestidad? Pues, sin embargo, una mujer honesta no suele ir, en España, como en todas partes suele ir, oliendo á perfume. Aquí las damas que trascienden á perfume no nos parecen muy católicas...

Hace ocho ó diez años no había en Madrid más que ocho ó diez perfumerías; ahora pasan de cincuenta. ¿Es que el concepto clásico y regañón sobre las perfumadas se hace más amable y más moderno? Por lo pronto hay mucho mayor número de perfumistas, lo cual hace pensar que debe de haber mucho mayor número de perfumadas.

Ahora lo que nos pone en confusión, es si el aumento de perfumerías obedece real y verdaderamente al aumento de perfumadas ó no más que al aumento de perfumes de las perfumadas, que había hace ocho ó diez años. Porque puede haber ocurrido que la clase de perfumadas no haya aumentado y el consumo de perfumes, sí.

Dirán ustedes: ¿Cómo puede ser eso? ¿Que cómo? Muy sencillo.

Las perfumadas, en nuestro país, se consideran por el vulgo extravagantes, exóticas y perversas; algo así como las morfinómanas, amigas de Baudelaire y compañeras de Juana Duval, la «Venus Negra», ó como las que, capitaneadas por Pierrette Fleury, se suicidaron con éter y cocaína en la «Villa de los Narcóticos».

¿No será que nuestras perfumadas, como las «morfinómanas, han ido, de año en año, duplicando el consumo de perfumes?

La otra noche, en una visita, apareció una dama muy crepuscular, muy repintada y muy vistosa, oliendo, que trascendía, á esencia de heno.

—«¡Ay, hija, qué perfumada vienes!» —dijo la dueña de la casa con retintín.

—«Pues, no creas que me perfumo para que me huelan, sino por no oler yo á los demás. ¡Este Madrid es tan aromático!»—respondió, como una centella, la «crepuscular».

La disculpa, aparentemente frívola, tiene más importancia de lo que parece. Esa dama que se perfuma, no porque le gusten sus perfumes, sino porque le desagradan los ajenos, es muy probablemente el símbolo de la perfumación española. Perfumarse para no oler á los demás, no es propiamente perfumarse, sino ir perfumado. En la psicología del perfume, lo primero que hay que estudiar es si el perfume ha de servir para oler ó si ha de servir para no oler. Generalmente los países civilizados, donde el baño es una función orgánica, como la comida ó el sueño, no necesitan emplear perfumes asépticos, puesto que la asepsia es cosa de cada habitación y de cada individuo.

En los países medio civilizados, como el nuestro—donde el baño no es una necesidad diaria, como el comer ó el dormir, sino una vanidad ó un sibaritismo de contadas casas y de contadísimas personas—, el perfume pierde su condición de intimidad y refinamiento individual, y pasa á



ser una necesidad aséptica, algo no usado por deleite propio, sino para evitar el perfume ajeno, como hacía notar la dama de la visita.

Por eso en los países civilizados suelen usar perfumes suaves, y, en los medio civilizados, perfumes penetrantes, perfumes que perfuman, no sólo á las personas sino á las cosas, perfumes empleados, no para oler, sino para no oler.

Ovidio, en *Los Cosméticos*, distingue los aromas intensos, como el nardo, la verbena, el alcanfor, el incienso, propios y especialísimos de las hetairas de Suburra y de las busconas del Tiber, y los aromas íntimos, suaves y apenas perceptibles, como la mejorana, el mirto, el laurel y la melisa, empleados por las cortesanas de la Vía Julia y por las matronas de Témesis.

Actualmente, las mujeres perfumadas pueden clasificarse, como en *Los Cosméticos*; las que se perfuman por dentro, para sí, para su alto y singular deleite, para sus efusiones é intimidades, y las que se perfuman por fuera, para los demás, por los demás ó por causa de los demás.

Las mujeres que se perfuman para sí y por sí, suelen usar perfumes casi inadvertidos, y tienen, no el «olor di femina», en el sentido sensual y lascivo, sino el «olor á dama», grato, no sólo á los sentidos, sino á la dignidad del entendimiento. Las que se perfuman por dentro, no tienen el perfume de sus perfumes, sino el perfume de las demás.

Las que se perfuman por fuera, usan perfumes detonantes, gritadores, perfumes de motín y de barricada. No se perfuman á sí mismas, sino á sus vestidos.

Entre éstas suele haberlas de dos clases: unas, las menos, dotadas de cierto gusto, pero obligadas por su sino perro á tratar con personas descuidadas, y que no teniendo más que para un perfume, se ven entre la espada y la pared. Porque si compran el perfume para sí, no lo compran para los demás; y si lo compran para los demás, no pueden ellas, pobrecitas, perfumarse á sí mismas como es su gusto.

En tan grave y tan triste dilema, optan generalmente por comprar perfumes que huelen, para no oler. Y de perfumadas por dentro, de perfumadas de primera, pasan á ser perfumadas por fuera, perfumadas de segunda.

Así á veces se encuentra usted con una dama distinguida, inteligente y elegante, que va, la pobre, oliendo á pachulí, porque es forzoso que visite á la de Fulano, que ni siquiera huele á pachulí...

«Hay mujeres—observa Ovidio—, que escondidas en una casa de campo, se perfuman, componen y atavían, como si estuvieran en un salón. Y aun cuando se ocultasen entre las breñas del monte Athos, las águilas las mirarían componerse. Experimentan una voluptuosidad en agradarse á sí mismas, en saber que la dignidad de su belleza tiene, siempre, como una reina, lista en su guardia».

De estas mujeres que en los países civilizados hay tantas clases y tan numerosas, en los países á medio civilizar, como el nuestro, apenas si hay una clase, tan definida como inconfundible.

Tal vez por ello creemos los españoles que una mujer que se perfuma, si no es completamente irregular, está á dos dedos de la malversión.

En todo el mundo culto, las perfumadas son honestas ó deshonestas, ricas ó pobres, modestas ó exhibicionistas. En España, donde creemos que el perfume es un rastro de liviandad, estamos en el siglo xx, como en los tiempos de Fray Luis, que en *La perfecta casada*, proscibía el abuso deshonesto de los tocados, y señalaba los unguentos y aguas de olor, como contaminados de brujería.

Dicen que el hierro es el barómetro de la civilización. Tal vez más propiamente pueda decirse del perfume. En todo caso,

un país cuyas mujeres no se perfuman, por lo general, más que para llevar visitas á las amigas ó para recibir la de sus amigos, no tiene más que perfumadas para los demás, perfumadas por fuera, perfumadas de «segunda clase».

DIB. DE RIBAS CRISTÓBAL DE CASTRO
(Del nuevo libro *Las mujeres*, que acaba de publicar Cristóbal de Castro.)

LA ESFERA

ARTE MARROQUÍ



UNA PUERTA DE LA MEZQUITA GRANDE, DE TETUÁN, cuadro de Andrés Cuervo

NUESTRAS VISITAS

MARÍA BARRIENTOS

La señora Barrientos lleva dos días en cama y no recibe á nadie—me dijo el portero de entrada del Ritz, con esa íntima satisfacción que las personas ordinarias sienten al dar una noticia desagradable.

—No importa—insistí con indiferencia—, pásele usted mi tarjeta.

Y, mientras tanto, yo comencé á despojarme de mi abrigo y mi sombrero, y los dejé en el guardarropa. Muy breves momentos de espera. El mismo portero se acercó hasta mí y me dijo, un poco contrariado y de mal humor:

—La señora Barrientos le espera; habitaciones 214 y 215. Pase usted al ascensor.

Un camarero me acompañó hasta la puerta del cuarto y anunció mi visita. María Barrientos suspendió la conversación que sostenía con el simpático doctor Masip, para saludarme. María Barrientos es una mujer de indiscutibles encantos físicos: tiene línea, posee una distinción soberana y una esbeltez un poco quebradiza, como las maniqués de casa de Paquin; sus manos son largas como lirios blancos, y amorosamente cuidadas y enjovadas con brillantes y perlas; los ojos muy negros, melancólicos y concupiscentes, ojos árabes que, cuando miran, parecen implorar caricias; el cuello mórbido, hasta graciosamente carnoso, y el cabello negro como la endrina, peinado en dos pabellones sobre las sienes, que dejan ocultas sus orejas. Estos son los principales encantos físicos de María Barrientos. Sin embargo de ellos, su rostro anguloso y alargado, de facciones grandes, no nos permite decir que la extraordinaria artista es una belleza. Parece una mujer de Zuloaga.

Vestía una túnica morada, de terciopelo, muy sencilla, y tan ceñida á su cuerpo ideal, que parecía ser una segunda piel.

Con soltura elegante y extraordinaria de mujer mundana muy hecha á la vida de relación con los hombres, María nos ofreció asiento en el sofá; se dejó ella caer con abandono y desocupación muy parisinos, en una panzuda butaquita; montó una pierna sobre otra, dejando al descubierto sus pantorrillas estallantes en medias sedañas, también moradas, y apoyando la barbilla sobre las dos manos cruzadas, se dispuso á conversar. Tras de mirarla amplia y largamente, exclamé:

—¿Sabe usted una cosa, María?

—¿Qué?—me preguntó ella, interesada.

—Que después de tener el gusto de conocerla y admirarla de cerca, no tengo más remedio que rectificar un juicio que había formado de usted.

—¿Qué juicio era ese?—inquirió algo inquieta.

—Al final se lo diré; ahora no me atrevo, no sea que incurra en su enojo y no satisfaga usted mi curiosidad.

—¿Trae usted mucha?

—Muchísima. Ha de confesarse usted conmigo.

—Pero no me exigirá usted que le diga todos los pecados, ¿eh?

—La mayor parte por lo menos.

—Me resulta usted un confesor más exigente que los de la Iglesia. Pero se saldrá usted con la suya; le diré todo... todo, porque me inspira usted confianza, y esta es la principal cualidad que debe tener un confesor. ¿No?

Sonreímos su gentileza.



La eminente diva María Barrientos

FOT. CAMPÚA

Como ven ustedes, María es muy simpática. A pesar de su vida de artista errante por países extranjeros, no ha podido desechar en absoluto su acento catalán, que en algunos instantes es muy marcado.

En la habitación había detalles de gran artista. Sobre el pequeño velador, un *bouquet* de magníficas flores—claveles rojos y rosas de té—; en la repisa de la chimenea, las fotografías de los reyes de España, cariñosamente dedicadas.

En uno de los ángulos, la *chaise longue*, cubierta por una magnífica piel; en una silla un montón de retratos de la diva.

Llegó Campúa; después, el camarero con café. María nos lo fué sirviendo con exquisita amabilidad. Y... proseguimos nuestro diálogo, que de vez en cuando era interrumpido y comentado por el doctor Masip:

—En su familia ¿tendría usted alguno que le gustase la música?

Hizo un signo negativo.

—No; ¡quía! Al contrario. En mi familia no hubo ni hay nadie que tenga voz ni que siquiera ame y cultive la música.

—Es raro—comenté—. Y, entonces, ¿cómo se despertaron sus inclinaciones?

—A los seis años. Verá usted: Nosotros, como sabe todo el mundo, teníamos en Barcelona un estanco; un estanco que dejaba bastantes beneficios. A mí, á los seis años, me alistaron en un colegio. Aquello era muy aburrido; pero allí, en el colegio, había unas chicas que tenían unas hermanas que tocaban el piano. Como la cosa era más seductora que el colegio, yo, en vez de ir á clase, me iba á casa de estas chicas á oír tocar y á meter la mano en el teclado en cuanto podía.

—¿Pero usted tocaba algo?

—Nada. Figúrese usted: arpegios y escalas. Pero á mí me seducía el teclado, tan bonito y tan obediente, y el misterio encantador del piano. Pero en esto, mi madre descubrió el juego y, claro, puso el grito en el cielo, como lo ponen todas las madres ante las diabluras de sus hijas. «Yo terminaría por ser la perdición de mi casa.» Cuando yo escuchaba esta profecía en labios de mi madre, me admiraba de que un comino, como era yo entonces, pudiera causar tanto mal en una buena familia.

Y la Barrientos rió dulcemente, acariciada por la grata rememoración de sus travesuras artísticas.

—En mi misma calle—continuó—vivía el organista de la catedral. Con él se lamentó mi madre de mis inclinaciones, y el buen organista, en vez de darle la razón, dijo: «Yo creo que, en vez de desesperarse, lo que se debe hacer es darle á la niña lecciones de música. Mándemela usted, que venga á casa, y ya veremos.» Y empecé á estudiar música; pero ¡con qué febrilidad! No puede usted imaginárselo. Siempre caminaba con mis métodos debajo del brazo. En el colegio cogía el libro de música, y allí, con el pupitre levantado, para que no lo advirtiera la maestra, me pasaba estudiando notas todo el tiempo. Era una locura. De tal manera, que poco faltó para que me echaran del colegio. Entonces entré en la escuela municipal de música.

—¿Y abandonó usted la enseñanza primaria?

—No. Por la noche, un profesor me daba lección de lectura y escritura. Eso sí me gustaba; pero pasar el día sentada en el banco del colegio, no.

Con tal empeño tomé la música, que á los nueve años había terminado los siete cursos de solfeo, y además, como había obtenido sobresaliente en todos los cursos, tenía derecho á formar parte del Jurado que examinaba. Figúrese usted lo ancha que estaría yo. En seguida empecé á dar lecciones de solfeo, y me ganaba ya mi buen dinerito, que lo dedicaba á mi educación musical.

Hizo una pausa para recordar fechas; después prosiguió:

—A los doce años ya había terminado mis estudios de piano y de composición; pero estaba muy delgadita y tenía color de cera. En casa temían que estuviese enferma del pecho; me reconocieron varios médicos; me vió el doctor Robert..., y aquí la casualidad fué mi suerte. El doctor Robert le dijo á mi madre que tenía demasiado estrecho el pecho, y que era preciso que cantase todo lo más posible para desarrollarlo; de lo contrario, me moriría.

La interrumpimos:

—Es lógico; pero tiene gracia.

—Sí; con el canto haría gimnasia pulmonar. ¿Parece muy sencillo llevar á cabo esa prescripción?

Pues no, señor; porque ¿quién es capaz de pasarse el día cantando sin método ni concierto? Yo, por lo menos, no. Entonces mi madre acudió á D. Francisco Bonet, que era un gran amigo de casa, y él, por afecto hacia nosotros, se dedicó á darme lecciones de canto. Al poco tiempo era una maestra, hasta el punto de que, como mi profesor era fabricante rico y no ejercía la pro-

fesión, todas las lecciones que iban á él me las enviaba á mí.

—¿De modo que usted, á los quince años, daba lecciones de canto?

—Justo; y tenía muchísimas discípulas.

—¿Y cuándo cantó usted en público por primera vez?

—En seguida. Verá usted: En el Liceo había una compañía de ópera que preparaba *Orfeo*; pero se encontraron con que no tenían quien hiciera el papel de Cupido. Como mi maestro andaba por allí, se le ocurrió la idea de proponerme á mí: «Hombre, yo tengo una discípula que lo hará muy bien»—dijo—. Fui á ensayar, y el maestro Ferrari me protestó después de oírme. Alguna vez, cuando ya tenía celebridad, me he encontrado con el maestro Ferrari.

—¿Y él qué dice ahora?

—¿Qué ha de decir? Se empeña en no recordarlo. Pues bien: á Bonet, mi maestro, que tenía en mí una seguridad absoluta, le picó este incidente con Ferrari. En esto, tronó la compañía que actuaba en Novedades, y, para reforzarla, me contrataron á mí por seis funciones. Y salí por primera vez al escenario. Hice tres Ineses de *La Africana*, y tres Reinas de *Los hugonotes*.

—Claro que con éxito.

María sonrió ingenuamente:

—No sé si estará bien que yo misma diga que obtuve un éxito extraordinario; pero así fué.

—¿Su maestro estaría satisfecho?

—Figúrese usted. La noche de la despedida, después de la función, fuimos á su casa. No se me olvidará jamás; se encerró conmigo en aquella habitación donde yo había recibido todas las emociones del arte musical, y me dijo, solemne y misteriosamente: «Mira, muchacha, hacerte artista ha sido la única ilusión de estos últimos años de mi vida; tú has triunfado y yo he triunfado en ti. Como he de morir pronto, porque mi vivir ya no tiene objeto, te voy á hacer una recomendación para que la tengas siempre presente: no tomarás lecciones de nadie; con lo que yo te he enseñado puedes llegar á ser una gran cantante; si recibes lecciones de otros maestros, es posible que te malogren.» Yo tomé á broma lo de su muerte: era joven y tenía plena salud; pero, á los dos meses, se degolló.

Y María se entristece, suspira, y en sus lindos ojos melancólicos brillan lágrimas.

—Yo, al pronto, me encontré un poco desorientada, agobiada, y me refugié en los conse-

jos de mis padres y de mis amigos. Como había obtenido un éxito tan grande, á los dos meses me contrataron con cien duros en el Liceo, y allí canté todo mi repertorio.

—¿En qué año era eso?

—Del 98 al 99. Por entonces vino Mugnone, y me aconsejó que yo debía irme á Italia. Y esta idea que al principio me pareció un disparate, terminó por embaucarme de tal manera, que dispuse mi viaje y me tracé un plan.

—¿Qué plan?

—Verá usted: Yo ya tenía bastante dinerito ganado; cogí diez mil pesetas y me eché la siguiente cuenta: Llegó á Italia con estas diez mil pesetas; si consigo hacer la *gran carrera*, me dedico al arte; si no, para ser una cosa mediana, prefiero abandonar el teatro y volverme á mi Barcelona á dar lecciones. Con el último billete del dinero que llevaba se decidiría la orientación de mi vida. Llegué á Milán un sábado, y me dijeron que en el Teatro Lírico había audiciones al día siguiente por la tarde, bajo la dirección de Sonsogno; me inscribí, y obtuve tal éxito, que el maestro Massenet, que estaba en el teatro, vino á verme entusiasmado; y me dedicó un retrato. Al siguiente día firmaba un compromiso para debutar en el Lírico mismo el día 4 de Enero. Hice *La sonámbula* y *El barbero*, y fué el *succés* artístico de la temporada. Me acuerdo que, como yo no tenía más que quince años, y nadie lo creía, hubo necesidad de exponer mi partida de nacimiento en el atrio del teatro. Y desde entonces acá mi vida artística ha sido bien agradable.

Hizo un silencio; se humedeció los labios.

—¿Vivirá usted esclava de la garganta?

—No, no lo crea usted. Yo, afortunadamente, no soy muy sensible á las diferencias de temperatura. En todas partes estoy bien, y rara vez me indispongo. Encuentro que el clima de Madrid nos favorece á los cantantes; el de Barcelona es muy malo; el de Nueva York magnífico, y el de Buenos Aires pésimo.

—¿Cuánto es el máximo que ha cobrado usted por cantar una noche?

Hizo un gesto de desdén.

—¡Bah! Eso del dinero no interesa al público. ¿Qué más da? Le diré á usted que ahora, el contrato que me lleva á Nueva York, es de quince mil pesetas por función, y que soy muy rica.

—¿Tiene usted casa puesta en alguna parte?

—No; estoy condenada á esta vida errante, rodando por hoteles; claro que ya estoy hecha á ella. En cuanto termine la guerra tengo el propósito de poner casa en París. Hasta ahora, en Nueva York es en donde paso la mayor parte del año.

—¿Tiene usted algún vicio confesable?

—Ninguno: ni confesable ni inconfesable. Soy abstemia. De verdad. Ni fumo, ni bebo vino ni *champagne*. Sólo agua; en invierno, templada. No tengo más vicio que mi arte, y amar á mi familia. Es decir, me gusta mucho juzgar al *bridge*, y soy buena jugadora. Claro que no llega á dominarme el vicio; nada de eso. A mí me pasó una cosa en Montecarlo que, si yo hubiera tenido el espíritu predispuesto, me hubiera hundido en el abismo del juego. Al principio de mi carrera fui allí á cantar. Por curiosidad visité las salas de juego—que por cierto intentaron no dejarme entrar, porque era muy niña—, y por curiosidad también dejé caer un luis en la mesa del 30 y 40, y le dí ¡18 pases! Una cosa extraordinaria. Pues bien, yo, guiada por mi corazón, recogí el montón de oro, me lo guardé y no he vuelto á jugar en Montecarlo.

—¿Cuántas funciones canta usted al cabo del año?

—Eso depende... Hay diferencia. El año pasado canté unas 76, y este año unas 65.

—La noche que va usted á cantar, ¿hace usted una vida distinta de lo corriente?

—Con muy poca diferencia. La víspera me meto en la cama á las ocho, y en la cama desayuno, y como á las tres.

—¿Una comida especial?



María Barrientos con la clásica mantilla española

—No; procuro únicamente no comer cosas indigestas. Y por la noche no ceno. Esto de la cama es un método que yo me he impuesto, porque soy muy comodona. Allí trabajo, estudio, leo y escribo. Tengo mis libros y mis chismes alrededor, y me resulta muy cómodo: no tengo más que alargar la mano.

—¿Qué es lo que más le gusta de la vida?

—¡Oh! Las flores. Cuando estoy en Nueva York, un amigo de Valencia me envía constantemente puñados de ellas.

—¿Es usted dichosa en este momento?

La artista hizo un gesto y contuvo un suspiro. Tristemente, murmuró:

—¡No! Ni mucho menos. Saber que nadie es dichoso en esta vida es el único consuelo que tenemos los que no conocemos la felicidad.

—¿Y por qué no es usted dichosa?

Después de titubear un momento, exclamó:

—Mire usted, hablemos de arte; será mejor para mi corazón—. Y al ver mi silencio preguntó: —¿No quiere?

—Parece usted una víctima del amor, María—insinuó maliciosamente.

—No, señor—protestó rápida—. Yo sólo fui una víctima del matrimonio indisoluble; esa institución estúpida y salvaje que ya sólo existe en España. En la actualidad soy una mujer divorciada, con un hijo de ocho años, á quien adoro.

—¿Por qué se divorció usted?

—¡Qué sé yo! Por todo y por nada; tal vez el motivo más fundamental fuese el vernos unidos, inevitablemente, para toda la vida.

—¿Qué es lo que más le inquieta de la vida?

—Perder mi voz.

—¿Y ser vieja?

—También; pero, afortunadamente, envejecerá conmigo todo lo que yo ame.

—Los aplausos, ¿de qué público le gustan á usted más?

—Los españoles. Se lo juro á usted. Parece que los aplausos de aquí le llegan á una más al alma.

Llevábamos dos horas charlando; me puse de pie.

—¿Qué era eso que se le ocurrió á usted al principio de nuestra conversación, y que ha dejado usted para el final?

—Buena memoria tiene usted—comentó Campúa.

—Pues es, María, que viéndola á usted de cerca he rectificado el juicio que tenía de usted.

—¿Cuál era él?

—Que en el escenario me parecía usted una mujer fea y antipática.

—¿Y ya?

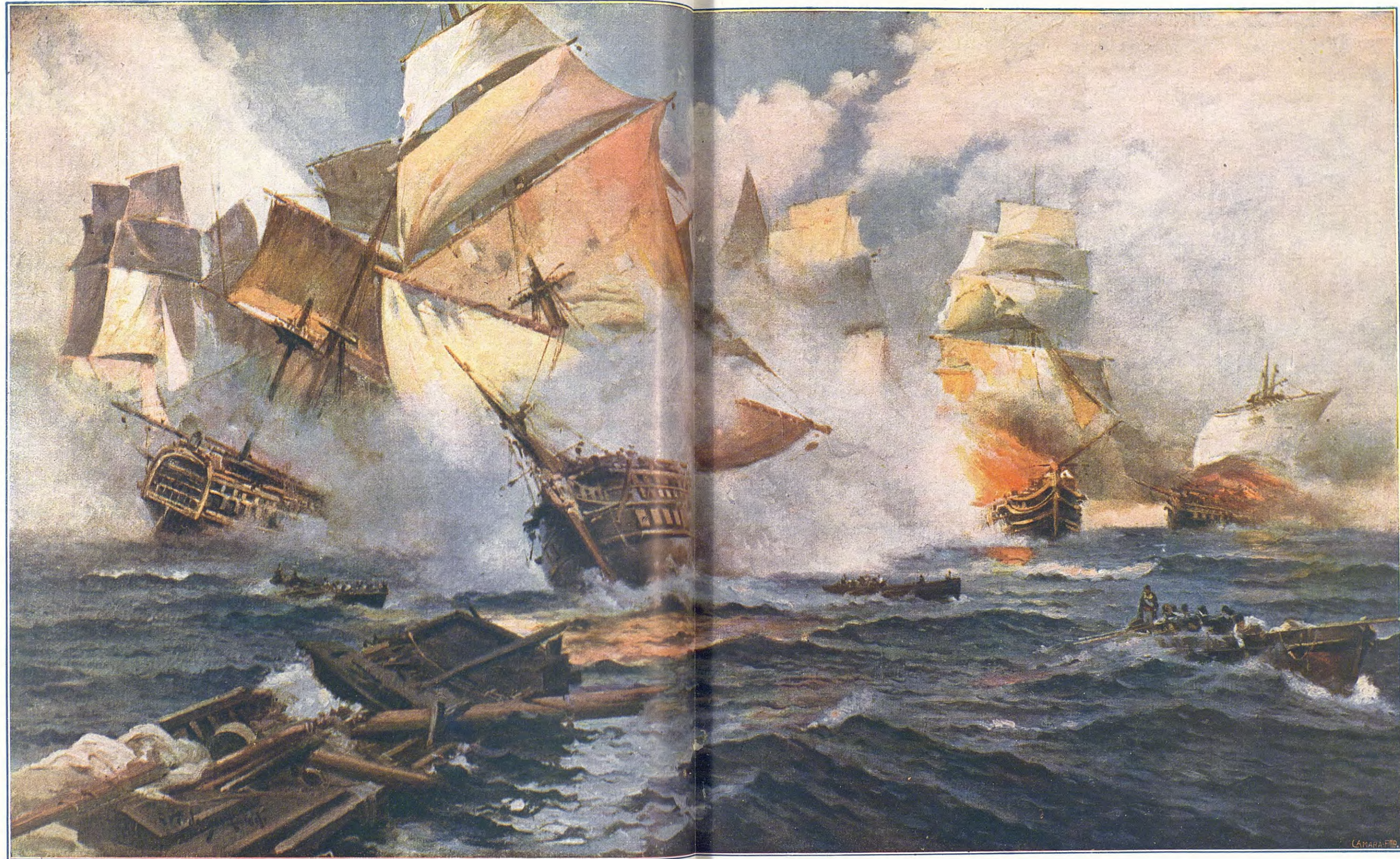
—Encantadora é interesantísima por todos conceptos.

EL CABALLERO AUDAZ



María Barrientos con su hijo

P. T. MAS



TRAFALGAR

Por los muelles santanderinos vagaba hace algún tiempo un muchachuelo, de cuyos orígenes y antecedentes se sabía muy poco.
 Le llamaban *Trafalgar*. El color moreno de su piel, tan tostada del sol y tan curtida por el aire, parecía de bronce. Tenía el rostro simpático, la frente despejada, los ojos grandes, negros y brillantes, como los de un moro, y la risa franca y bulliciosa. Llevaba la cabeza coronada por las greñas y destocada igual en verano que en invierno. Se cubría las carnes con unos calzones bien holgados y una chaqueta que tenía paño de sobra por todas partes. De camisa, ni una hilacha. De zapatos, ni sombra. *Trafalgar* se enardecía ante la contemplación de un buque de guerra. Sus humeantes chimeneas, sus cañones, sus bandas aceradas y sus pirámides de balas sobre cubierta encendían en su alma la llama de un bélico entusiasmo.
 —¡Estos sí que son barcos! No el *Trinidad*, ni el *Montañés*, ni el *San Ignacio*, ni el *Santa Ana*... Mucho pintarla largando toda la arboladura, venga trapo pa desafiar al viento, y luego, na... ¡Si el *Pelayo* ó el *Reina Regente* llegan á estar en Trafalgar, ya hubieran visto el *Victory* y el *Royal*

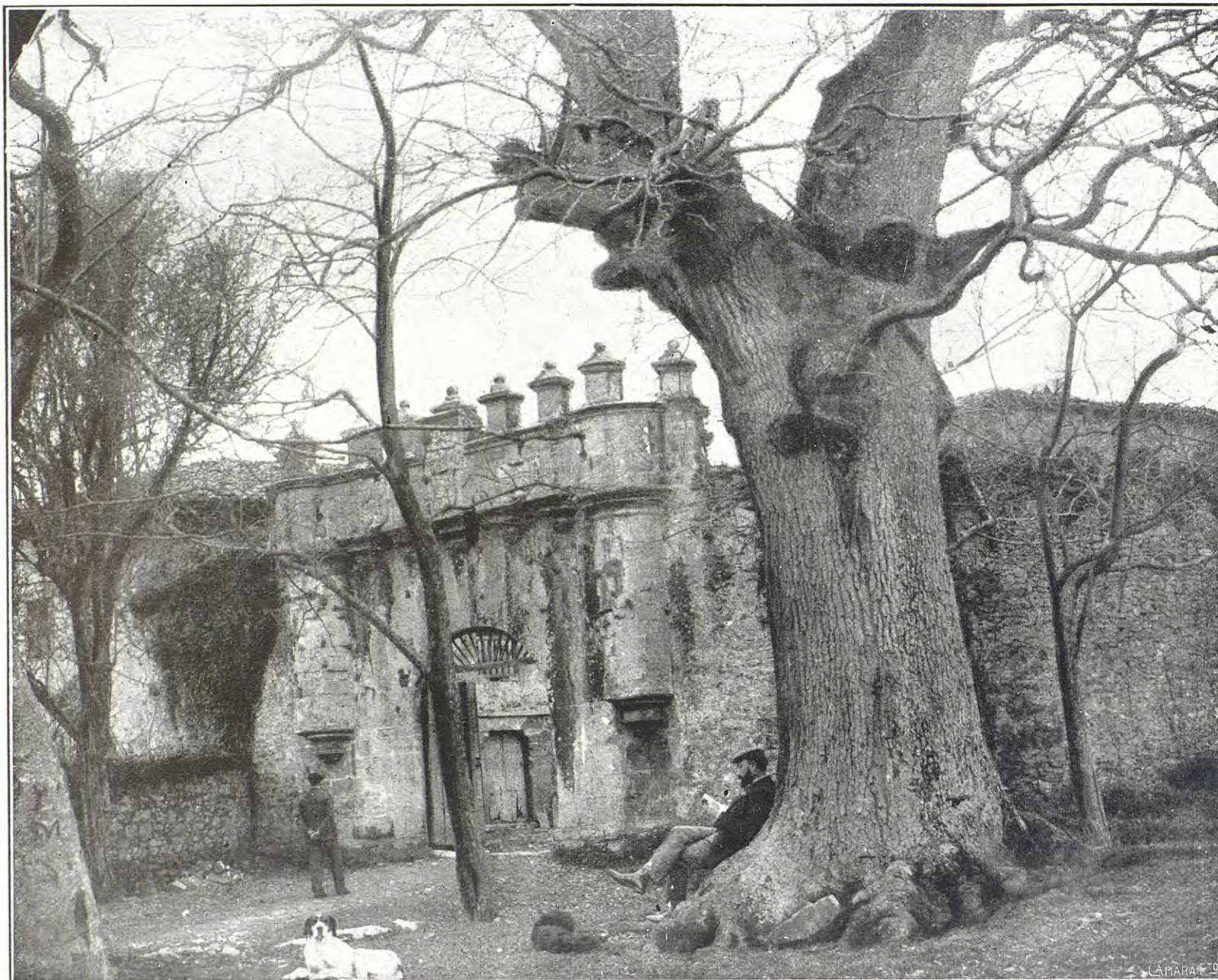
Sovereign y el *Poliphemus*!—Así decía el desarrapado, en un inglés chapurrado y pintoresco.
 —¿Pero tú sabes lo de Trafalgar, granuja?—le pregunté en una ocasión.
 —Lo de Trafalgar y lo del Callao. ¿Quiere usted que se lo cuente? Nelson iba en el *Victory*. Pues el *Victory* atacó al *Santisima Trinidad* por barlovento, y el *Temerary* cortó la línea poniéndose á babor, mientras el *Neptune* completó el cerco del navio español. ¡Valiente jornada! El *Trinidad* estaba acribillado, pero no se rindió. ¿Quiere usted que le diga qué fué de Nelson?
 —No—le contesté—. Reserva ese capítulo para otra vez.
 Y el pilluelo contenía á duras penas sus entusiasmos.
 Por sus conocimientos militares y marítimos llamaban al trotamuelles santanderino *Trafalgar*, de cuyo mote se sentía orgulloso. No sé qué habrá sido de él. Si puedo asegurar que era un chico de porvenir. Con menos conocimientos que los suyos se llega en España á ministro de Marina. Hay precedentes.

José MONTERO

CUADRO DE R. VERDUGO LANDI


 POR LA ASTURIAS PINTORESCA
 

UN PALACIO CLASICO



Un aspecto del palacio del siglo XVII, existente en las cercanías de Muros del Nalón, propiedad de los condes de Giraldelli

CUANDO recorréis este delicioso edén asturiano de las riberas del Nalón, después de visitar el castillo, la playa de la Arena y la risueña villa de Soto del Barco, llegáis, quizá, á descansar á Muros del Nalón. Es, quizá, la hora apacible de la siesta, y en el clásico camino de este pueblecito menudo y mono como un *bibelot* —que se resume todo en una amplia plaza con tres ó cuatro callejuelas adyacentes—, reposáis de las fatigas del viaje, traqueteados en una de esas típicas jardinerías asturianas cuyas mulas cascabelean tan alegremente por las carreteras polvorientas...

Mas á poco habéis de salir, si en el curso de la tarde, larga y amorosa de verano, queréis visitar la posesión del erudito arqueólogo D. Fortunato de Selgas (en El Pito), con su iglesia demasiado elegante y demasiado modernista, y su palacio suntuoso, regio, de jardín vasto y frondoso. Saldréis, pues, de Muros del Nalón, como he salido yo en compañía de estos dos clérigos afables y risueños, que ven en las bellezas de la vida, y en los encantos de la Naturaleza, el signo milagroso de la mano de Dios; que no son refunfuñones ni austeros de grave continente y solapado mirar al suelo; que aman la santidad alegre, como la amaba Santa Teresa de Jesús, y la virtud amable y risueña, como San Francisco de Sales.

Apenas salimos de Muros del Nalón, aún no llegados al pintoresco pueblecito de Somao, de hotelitos confortables y festivas casas de cam-

po, blancas y prometedoras entre el verdor de los prados, retiro apacible de indianos que regresaron *con plata* de la remota y tantas veces conquistada América, el párroco de Soto del Barco me hace notar que debemos detenernos unos instantes ante un palacio clásico, de puro sabor arcaico, de traza arquitectónica que le caracteriza como típica casa solariega asturiana.

El coche se detiene ante una tapia amarillenta que encuadra un vasto y melancólico jardín, de profusos árboles centenarios. ¡Caserón venerable roído por tantas lluvias, comido por tantas humedades, arrumbado por tantos años y que ha sufrido heroicamente el saqueo y todos los horrores de la invasión francesa de 1808!... ¡Caserón amarillo y viejo, más amarillo aún dorado al sol de esta tarde de Julio, más viejo aún entre el verdor siempre fresco y renovado de los árboles!... Tú, como los árboles de tu jardín secular, te rindes á la pesadumbre de los años; pero ellos llevan dentro de sí el vigor latente y la savia secreta y la promesa escondida de nuevas primaveras, mientras que tú, resignado á tu senectud de piedra, te dejarás caer y derrumbar insensiblemente.

Estamos, pues, ante el palacio que hoy es propiedad de los excelentísimos señores condes de Giraldelli, Don Gerardo González, curador y administrador de la condal familia, que nos acompaña, nos va explicando sucintamente el origen é historia del palacio, á la par que nos narra la del castillo de San Martín. Y el párro-

co de Soto del Barco, versado en Historia, de cuando en cuando rectifica una fecha ó compulsa un dato arquitectónico.

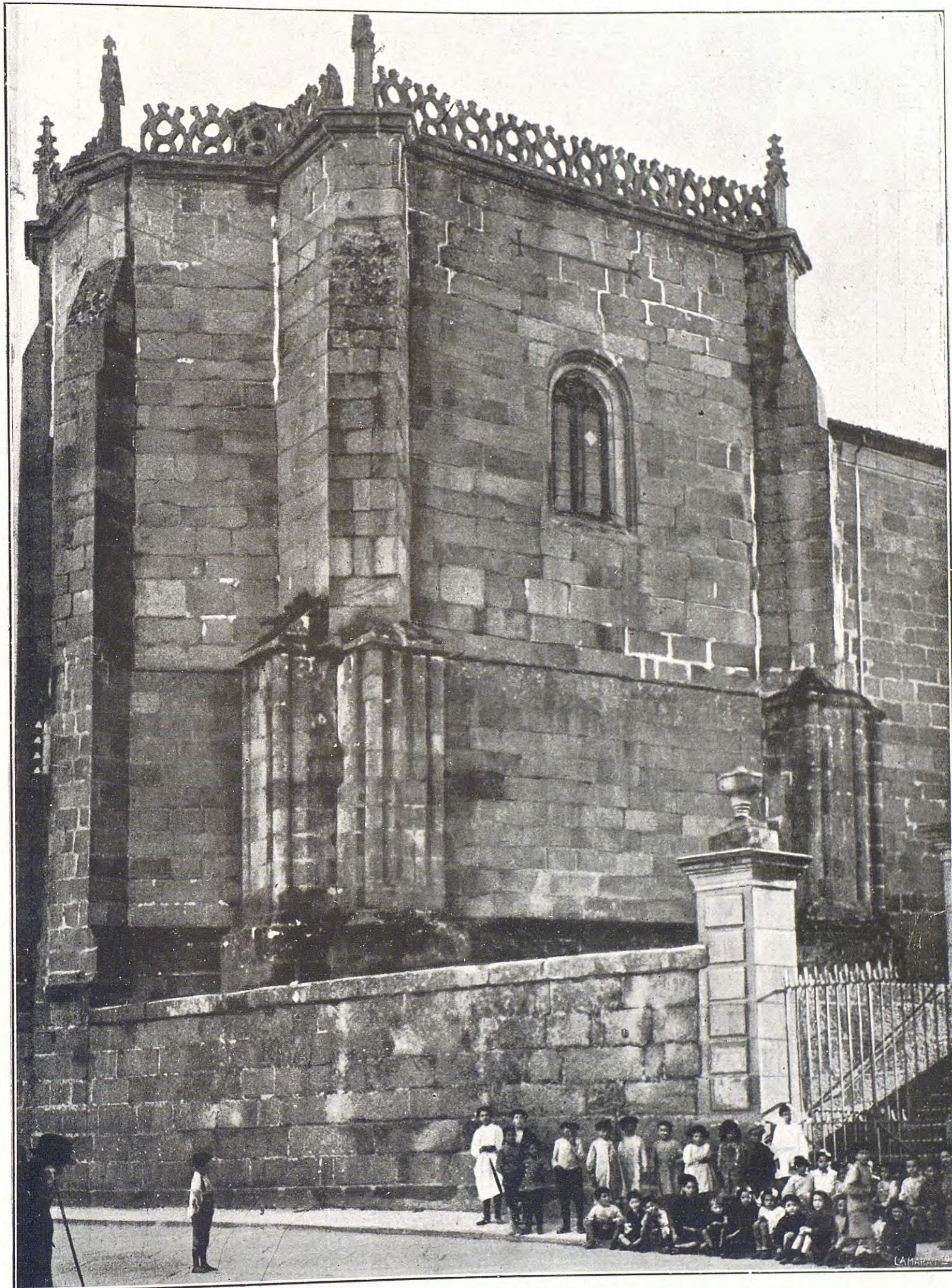
«El castillo de San Martín era propiedad, en 1521, del dueño y señor de todo aquel coto, don Rodrigo de la Rúa, alto funcionario en la Corte de Carlos V; había adquirido ese señorío por enlace con doña María Ponce de Miranda. Sucedíole Gutierre de Cienfuegos, quien aumentó el coto adquiriendo el señorío de Ranón y La Arena.» El párroco de esta feligresía asiente. «Heredólo luego su hija doña Leonor López de Cienfuegos, que casó con su primo D. Lope de Miranda—continúa el erudito caballero D. Gerardo—. Sancho de Miranda, otro poseedor del castillo, se distinguió en el cerco de Fuenterrabía contra los franceses.» Luego hablamos de la portada del castillo, reformada en el siglo XII por el renombrado maestro Juan de Cereceda. Y ya venimos á hablar del palacio de Giraldelli.

Este palacio no tiene esa historia medioeval y bárbara del castillo de San Martín; tiene, en cambio, el recuerdo, grabado con sangre en las losas de su zaguán, del saqueo y asolación que sufrió en la guerra de la Independencia. Y tiene, sobre todo, algo que vale tanto como el prestigio de los hechos históricos: el prestigio de las cosas viejas, románticas, amarillas de oro viejo; el encanto de todo lo aristocrático cuando está decaído...

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

FOT. MARTÍN

ESPAÑA MONUMENTAL



Fachada anterior de la iglesia de la Santísima Trinidad, la más antigua de Orense

FOT. SALAZAR

LA CASA DEL PASTOR



Casa de la calle de Segovia, bajo el Viaducto, que ostenta, en una de sus fachadas, el escudo de Madrid, en piedra

Cuando muchas veces altamente venerando es ese trozo de la Mantua carpetana que, contiguo al barrio de la Morería, era avanzada de la villa por la parte que mira al Occidente, camino de la puente segoviana, y hoy por bajo de ese camino aéreo que une el barrio de Palacio con el de San Francisco y las Vistillas, y pusiera espanto en los ojos de los madrileños de antaño si le vieran ligero y sutilísimo, salvando el barrancal de la vetusta y nobilísima calle de Segovia.

En ese lugar inmediato al mismo Viaducto, álzase todavía una casa que de lejos pregona su abolengo y linaje, y, por si alguien lo dudare, allí se ostenta, magno y espléndido, en su muro que da á la parte de Poniente, el escudo de la madrileña villa, como recuerdo de que el Ayuntamiento celebró sesiones en ese edificio de la Cuesta de los Caños Viejos, que se llamaban también las Fuentes de San Pedro. Era un sitio venerable, santificado un tiempo por la presencia muy frecuente de San Francisco de Asís, que vivió en Madrid algún tiempo y dejó como memoria la fundación del convento é iglesia de su nombre.

Iba el santo diariamente á rezar al sepulcro de San Isidro, en San Andrés, y luego solía acudir á dar el socorro de su limosna y su consuelo á los infortunados que imploraban la caridad del prójimo. Al pie del bosque de los madroños, que venía sobre la Cuesta de la Vega, colocábanse dos ciegos cerca de las pozas de Domingo Pérez el Pequeño, y el santo solía mitigar su desventura siempre que por allí pasaba. Y como cierta vez llevase una cesta de peces al prior de San Martín, el cual prelado le devolvió una cántara de aceite, siguiendo la costumbre del convento de la Porciúncula, el santo dió con aquel aceite en los ojos de los ciegos mendigos, y ellos volvieron á la inefable alegría de la luz. He aquí por qué esa cuesta era llamada de los Ciegos.

Volviendo á la casa que decíamos, hase de referir que pertenecía á un venerable sacerdote: el arcipreste José. Vivía el clérigo haciendo el bien sin más preocupaciones que el ejercicio de su virtud y de su rezo; y para mayor bendición y holgura suya, sin parientes que le comiesen y, á título de cuidarle la vida, le preparasen una muerte menguadamente codiciada. Pero como la Descarnada no ha menester de parientes ni de malas voluntades para cumplir su ministerio, aconteció que vino á amenazar la existencia del arcipreste, sin dejarle más que el tiempo necesari-

rio para disponer de sus bienes, que no eran pocos. Hizolo el buen señor, y con tino tal, que repartía su hacienda entre los pobres. Sólo, y picó ello la curiosidad de albaceas y testigos, no disponía de la casa que le servía de vivienda.

—¿Qué haréis de ella?—le preguntaron.

—Esta casa—les respondió—ha de heredarla quien Dios quiera.

—Ved que no puede hacerse así—repuso el escribano—. Es necesario que nombréis heredero. Y el arcipreste entonces requirió papel y pluma y, con las pocas fuerzas que le quedaban,

trazó unas líneas en él, y cerrando el pliego, ordenó que no fuese abierto hasta pasado el momento de su muerte. Hizose así, y la estupefacción y el asombro de todos fueron sin límites cuando leyeron lo dispuesto. Aquel testamento singular determinaba que había de heredar la casa quien al día siguiente entrase el primero por la Puerta de la Vega. Fieles á su misión los testamentarios, se apostaron, siendo aún de noche, en esa entrada de la villa. ¡Con qué ansiedad, con qué curiosidad intensísima no esperarían ellos la emoción de conocer al heredero! A aquel mortal afortunado que llegaba á la corte quizá en busca de fortuna, sin sospechar que le esperaba en la puerta misma de la ciudad. Y la fortuna fué, en efecto, caprichosa. Al cabo de algún tiempo, el primer rumor que percibieron los oídos de quienes esperaban, fué el tintineo de las esquilas de un rebaño. Los albaceas sintieron entonces un estremecimiento de sorpresa. No cabía duda. Aquel ganado suponía un pastor, y es de imaginar la impresión del campesino al ver á unos graves y correctos señores que, con acento que no podía hacer sospechar burla ni chanza, le detenían, no para cobrarle portazgo, sino para saludarle como propietario de la casa del clérigo arcipreste.

Así ocurrió como quiso el clérigo que ocurriera. Y vuelto de su natural extrañeza, y convencido muy luego de que le decían verdad, quedó el pastor por dueño de la finca, de modo que, no mediando vínculo de parentesco alguno, fué, sin haberlo podido sospechar siquiera, heredero forzoso del clérigo difunto.

La casa del pastor llamóse al edificio desde entonces, y con tal nombre ha pasado á la tradición y se ha perpetuado en la leyenda. Pero, sin necesidad de ella, tiene una historia muy notable. Allí, como queda antes dicho, se celebraron sesiones del Concejo, y luego albergó también, durante cierta época, ese edificio, al Tribunal de la Inquisición.

Fué después vivienda de un artista cuyo mérito y cuya personalidad son innegables: el arquitecto Jerónimo de Churriguera, que ha marcado una época en el arte español y ha dejado su sello originalísimo en varias obras, de un estilo muy característico, del cual quedan en Madrid muchas muestras curiosas.



El escudo de Madrid, en la casa del Pastor
POIS. SALAZAR

LOS VALLES DEL CADORE
CORTINA D'AMPEZZO

TENGO en mi cuarto de estudiante, sobre una mesilla donde pongo esos libros inactuales que deben leerse con calma por la noche, un tapete bordado que compré en Cortina d'Ampezzo. Es de tela blanca bordada en seda con caprichosos rosetones de color muy vivo en que predominan el verde y el rosa. Todas las mañanas, al despertarme, lo veo y me acuerdo de los Alpes del Cadore, y ni una sola vez pienso en la guerra sino en la vida placida de aquellas buenas gentes que trabajan en labores bellas, tejidos, cerámicas, juguetes y que, cuando se asoman á la ventana, tienen siempre delante de los ojos un valle de esmeralda.

Porque yo subí á los Alpes del Cadore á principios de otoño. Lucía el sol, sin nubes. Sólo veíamos nieve en las cumbres de los Dolomitas y en las escarpas, siempre en sombra, del Antelao ó de la Tofana. Respirábamos allí un aire tan puro y una luz de tan divina transparencia, tenía el azul tan prodigiosa intensidad, que hasta los pensamientos de guerra se dulcificaban. Monte Cristallo se nos mostraba como un gigante bondadoso que no quiere imponerse por su grandeza, sino, al contrario, hacerse amar. Aéreo, ligero, grácil, parecía enseñarnos bajo la roca su corazón, entre suaves irisaciones azuladas y sonrosadas. ¡Maravillosa montaña de cristal! ¡Qué grato, amanecer y encontrarse delante de ti, protegidos por ti, tonificado y refrescado el espíritu por las ideas infantiles que sugieren tus verdes valles, tus casas diminutas y tus caminitos de cuento de hadas!

La guerra había llegado hasta lo más alto de esos montes. Yo he ido á verla; pero yo no he visto allí la guerra—perdónenme los bravos militares italianos que nos acompañaban—, quizá porque no la he querido ver. Subimos en mula hasta los observatorios de segunda línea, á dos mil metros, y allí era donde empezaba la vida miserable de un pueblo de soldados frente á otro pueblo. Al resguardo de unos abetos centenarios visitamos las baterías. Entonces no sonaba el cañón. De pie sobre una altura nos en-



El Monte de Cristal, en las cercanías de Cortina d'Ampezzo

señaron una raya tenue, á ratos blanca, á ratos roja, que marcaba en las montañas fronteras la línea enemiga.—¡Allí están!—Allí estaban los austriacos. ¿Qué hacían? Lo mismo que los italianos: agujerear las rocas. A pocos pasos unos de otros labraba cada cual su mina con la esperanza determinarla el primero. Si acababa Italia, día de luto para los ingenieros del otro lado. Toneladas de dinamita derrumbarían los abrigos austriacos y en ellos morirían sus defensores. La línea italiana avanzaría unos cuantos centenares de metros. Si acababa antes Austria...

Estábamos sobre una estribación de la montaña que ha costado mucha sangre. Los artilleros habían labrado una galería subterránea atravesando la cima del montículo, y al otro lado, desde un mirador de turismo más que de milicia, se veía todo el incomparable valle de Ampezzo. Carreteras blancas, recién hechas, como por arte mágico, serpenteaban de monte á monte, y, allá abajo, Cortina destacaba sus tejadillos rojos y su gracioso campanario en la más rica gama de verdes que han visto ojos humanos. Otras veces—en el monte de San Miguel y en el Sabotino—, esas galerías subterráneas que conducen á un observatorio ó á una batería, hemos debido franquearlas con cuidado, guardando la cabeza para no herirnos con algún pedernal, las manos para no separarnos de la misma pared, siempre húmeda y viscosa, y los pies para no pisar á los soldados que duermen en pleno día, sin duda porque velaron toda la noche. Una emoción de piedad y de respeto me hacía pasar de puntillas como si pasara junto á la cuna de un niño dormido. Y si el soldado despertaba y al reflejo de alguna linterna ó de las claraboyas súbitamente abiertas en la obscuridad, nos veía á nosotros, civiles, neutrales, libres por lo tanto de todos los sacrificios de la guerra, nunca dejé de pedirle mentalmente perdón por haber ido á envenenar su sueño. Pero en aquella galería del monte Forca todos estaban despiertos y alegres. Los cañones parecían, más que ocultos entre el ramaje, coronados para una fiesta. Brillaban las terribles máquinas con el orgullo de su fuerza, prestas á girar sobre sus rieles y á retumbar el valle con su voz bronca. Ellos eran los nuevos ogros del bosque, devoradores de vidas; pero vistos de cerca se hacían admirar y querer. Y á cien pasos nadie podía verlos. Nadie veía tampoco la muchedumbre de soldados, dispersos entre árboles y rocas. Los Alpes, vencidos por la voluntad de un pueblo, no se daban cuenta de que los conquistaban...

Volvimos al ponerse el sol. La mula caminaba á su gusto, al borde del camino, sobre los más peligrosos derrumbes. Si se paraba á morder una mata, daba tiempo, en más de una ocasión, á ver las cruces de madera que iban señalando los lugares de asalto ó la explosión de las granadas enemigas. El ejército quedaba atrás, subiendo, á fuerza de brazo, los cañones por el cauce de las torrenteras, abriendo sendas inverosímiles, cruzando los abismos sobre las cuatro

tablas de la teleférica. Abajo los albergues de «Tre Croci», en tiempo de paz hospedería para millonarios de Austria y del mundo entero, atraídos por la fama del clima, y cuarteles en tiempo de guerra. Más abajo aún Cortina, donde nos esperaba uno de esos lindos y claros hoteles de turistas que las bombas de los austriacos han respetado, por amor ó por interés, y en el hotel las sirvientas aldeanas sonriendo bajo sus cofias, con aquella cara roja tan saludable y aquellos delantales de colores chillones. Enfrente...

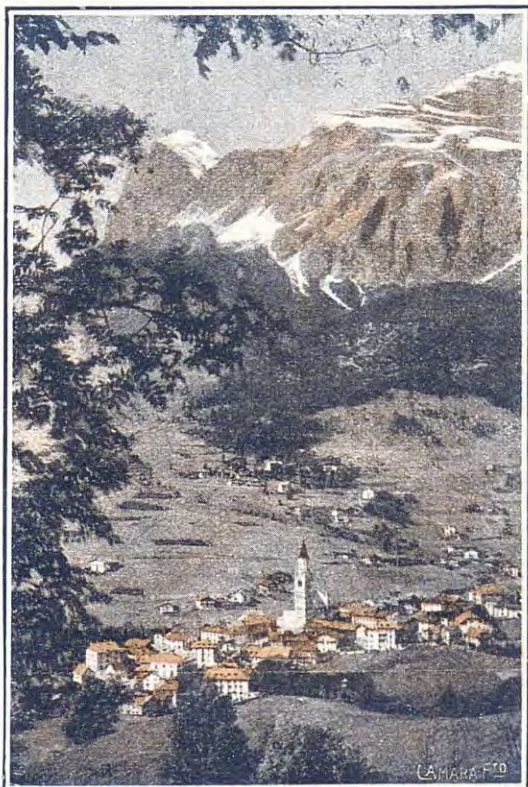
Enfrente y en torno, el panorama de los Alpes cadóricos, con su tapiz de praderías, su cinturón de altos cedros y abetos de ramaje obscuro y sus crestas fantásticas, dentelladas, atormentadas. Grandiosos todos, pero ninguno tan bello como la sensitiva Montaña de Cristal, que á la luz del crepúsculo baña

todo el valle con intensos reflejos violetas y rosados. ¿Quién que lo haya visto podrá olvidarlo nunca? Esa luz rosa no es el fatigado resplandor crepuscular, tan suavemente melancólico en las llanuras, porque la refracción de la gigantesca montaña cristalina acrecienta sus energías. Es una poderosa exaltación del sol que muere, una gran llamarada que no viene de él, sino de la montaña que le ve caer.

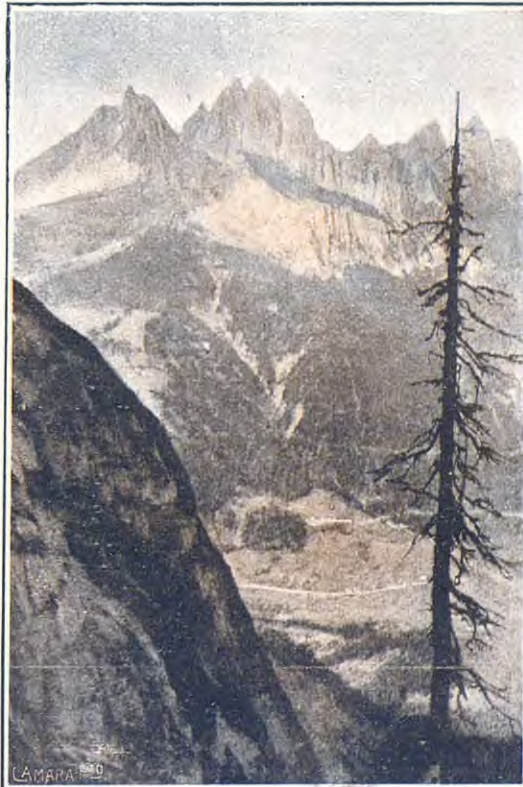
Ha descendido ya la claridad del día; pero, en vez de amortiguarse también la lumbre rosa que esparce el divino Monte Cristallo, por momentos es más intensa, y hay un instante en que el corazón arde bajo la piedra, y lo que inunda cielo y tierra es el último rayo de sol á través de un lago de sangre.

Descansemos. Nada de hablar. Ningún comentario valdrá lo que nuestra emoción en silencio. Un poco de fiebre—quizá el cambio brusco de altitud—me obliga á meterme entre sábanas... Y ahora, después de días y meses, esta tela bordada que compré en Cortina d'Ampezzo me recuerda á la buena aldeana que me trajo una manta y me sirvió leche caliente en un vaso blanco.

Luis BELLO



La cima de la Tofana, desde Cortina D'Ampezzo



Los tres picachos de Lavareda, desde el refugio Tiziano

EL TEATRO Á TRAVÉS DEL TIEMPO

EN aquellos tiempos dichosos de la adolescencia del mundo, que hoy procuramos borrar definitivamente de la memoria como si sólo pudiéramos redimirnos avergonzándonos de nuestro origen, andaba el Arte desvaído y sin rumbo, plétórico de sueños, con la escarcela exhausta y el mirar errabundo ó en atisbo de la mansión señorial donde refocilarse unas cuantas horas á cambio de romances y cantigas; que siempre fueron siervos de la molicie y vasallos del poder, aquellos que por ley de Dios debieran ser amos y señores, y como el corazón de la mujer está formado con carne de versos y ardiente sangre de poesía, troveros y juglares, los que improvisaban y tañían y los que dieron con sus muecas vigor y relieve á las palabras, olvidábanse del adusto ceño del castellano, con la dulce aprobación de las damas.

Los poetas provenzales dignificaron á los mimos de Grecia y Roma, y en vez de halagar servilmente á las muchedumbres, buscaron como alcázares para sus trovas mansiones más apropiadas que el anchuroso teatro, fauce dispuesta al sarcasmo y al insulto soez; y, sin embargo, aquellos personajes de las calzas bermejas ó bicolores, los de la toca en el birrete, daga al



El trovador del siglo XIV

cinto y lujosas ó gastadas ropillas, no eran sino los eternos comediantes, que abandonando primero las carátulas de Batilo y Roscio y más tarde las pomposas galas del conde de Poitiers y de Gerardo del Rosellón, habían de ocultar sus personas bajo las pellizas adornadas con los guadamacís de Córdoba para representar los trozos teatrales de Lope de Rueda, Antonio de Galarza y Gaspar de Avila.

Chirriando premiosa por los caminos reales iba la carreta de Tespis, con toda la compañía muy acomodada y en olor de hermandad, por la semejanza de condición en que los ponía el desdén ajeno, llevando perfume de tomillares en las llantas de sus dolientes ruedas, perseverancia en el corazón para imponer sus sueños y dulzura para cautivar con sus loas ó provocar la risa con los pasos de *Monserrate* ó de Pablos Lorenço.

Reyes y magnates de mentirijillas, simples y pastores, autores de compañías y de comedias con sus coronas y sus alas y el poco tinglado que les cabía en la estrechez de su vehículo, iban de pueblo en aldea como menospreciados símbolos de un mundo que propendió siempre á inmortalizar en la farsa su verdadera esencia, y así de vaivén en vaivén y de surco en bache, enterran-



Los cómicos de la legua, en el siglo XVI

do al histrión que moría junto al calvario del camino, asendreados y deshechos por el trajín constante, hallaron en los *corrales* su hostel apetecido.

¡Ya eran otros días!; abrióse el espíritu de las gentes al vigoroso impulso del ingenio; estimulábase los poetas; asombraba Lope á Madrid; apuntaba en sus entremeses el genio de Miguel de Cervantes; se aprestaban á la lícita justa del donaire y de la bella facilidad de sus versos D. Pedro Calderón, Fray Gabriel Téllez, Alarcón, Rojas y Moreto; las histriónisas eran amantes de los reyes para ser luego madres de príncipes; duques é hidalgos de preclara nobleza, rendían vasallaje al talento y al mérito; crucificábase junto á la verdad presente los antiguos errores y el teatro se enseñoreaba poco á poco de las costumbres y creaba hombres distinguidos y aun hacía ingeniosas á las mujeres que no fueron jamás sutiles sino maliciosas y pagadas de su bien creída hermosura.

Pero como cada minuto tiene su carcoma que lo roe, y el mundo se impacienta por ir muy de prisa para no ir jamás á parte alguna, cuando la poesía se hallaba en su mayor auge y florecimiento y las tizonas eran rayos de Júpiter y el verbo español labraba en los labios de los elegidos flores de aliento para inmortalizarlas, apagóse la luz del siglo; quedáronse inermes los brazos y quietas las tizonas, y al rumor áspero de sus choques, sucedió un insólito golpeo de castañuelas y acordes de guitarra.

Hicieron mutis, en las sombras de las *cazuelas*, los Repolidos y las Gananciosas de la germanía de antaño y los Maniferros de taita y los nobles

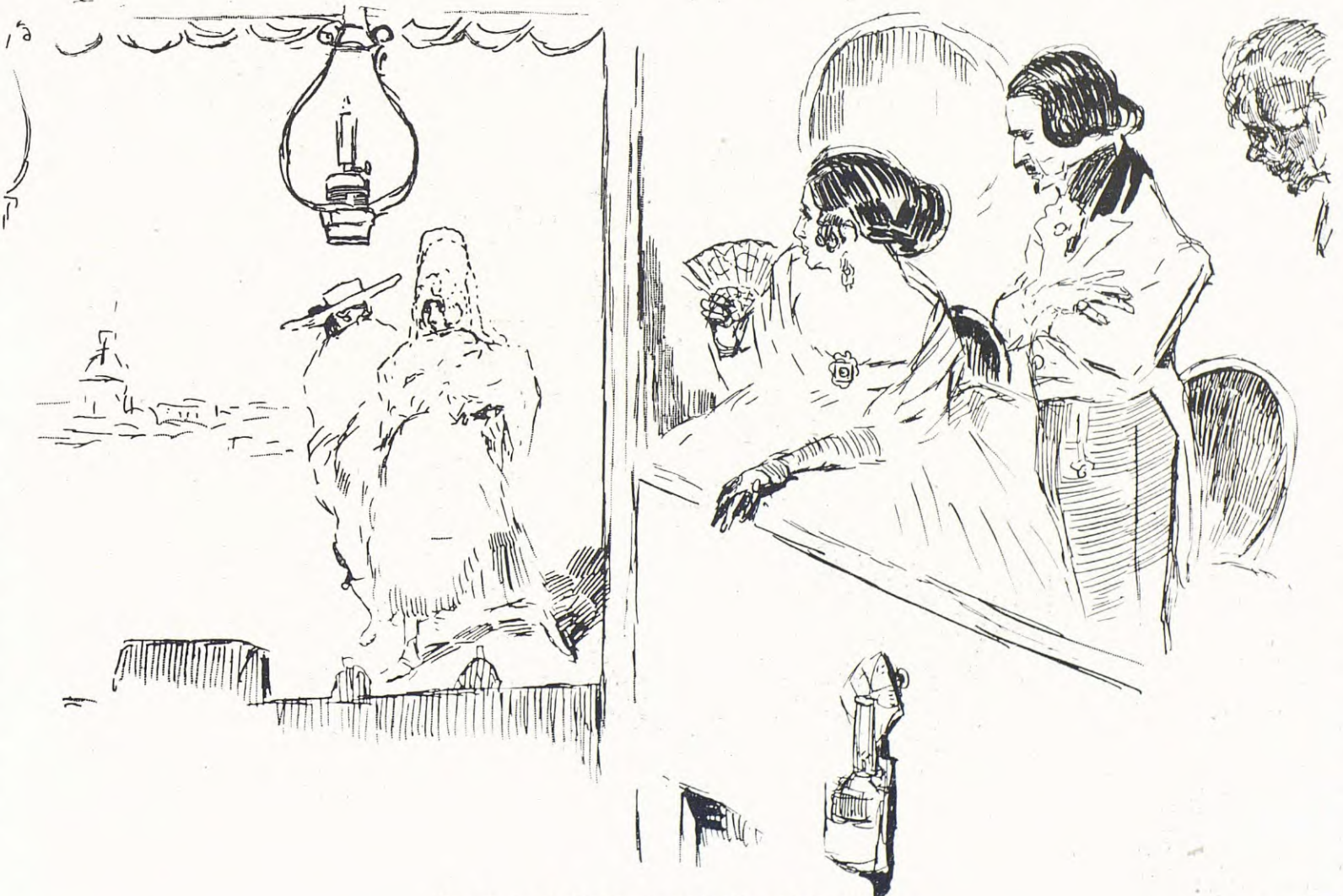


El Corral de la Pacheca (siglo XVII)

que daban honra y prez al patio, y tras de las celosías de los aposentos se apagaron para siempre las conversaciones discretas y sobrevino la irrupción de pelucones y casacas y oscilaron sobre los tabladillos velones y candiles y brillaron en salas y coliseos pisaverdes y majas, y á las sutilezas y atrevimientos de *Por el sótano y el torno* y á las delicadezas y agudos conceptos de *Mujer, llora y vencerás*, substituyeron los desgaires de los *Bandos del Avapiés* y los dichos de *La presumida burlada*, y á las rebeldías de una época fuerte y tenaz, las incoloras ñoñeces de un pobre siglo de transición del oro al barro...

Porque el teatro se va; se va, convirtiendo en pálida sangre de un cieno impuro la linfa azul del manantial que fué por el sereno cauce de otros días. Siendo los actores hijos legítimos del verso, que llevó en la palabra el influjo de la divinidad, reniegan de él y lo posponen, acogiendo con paternal solicitud los frutos de un arte cretino. De los escenarios no brotan llamas de pasión que puedan templar nuestros destallecidos corazones, sino la voz flébil y tímida que ofrece el té, con desmayada prosa en la escena cerrada y sin ambiente como las habitaciones de nuestro propio hogar, y en vez de los arranques del amor y del odio que serán siempre los únicos y verdaderos

ros ejes y resortes del teatro y del mundo, *nos sueltan*, como Siro sus ochocientas cincuenta y dos máximas morales, doble cantidad de molientes sermones, que tunden nervio á nervio todos los de nuestra energía, dejándonos más rapados de oreja que lo que le dejó al vizcaino de la suya, el pesado espadón de Don Quijote.—LEOPOLDO LÓPEZ DE SAA.



El sainete de D. Ramón de la Cruz (siglo XVIII)

DIBUJOS DE MARÍN

ante la poesía de Venecia, que no es sino relicario del amor pasado...?

¡No...! No hay razón para que la belleza sobreviviera á la bondad...

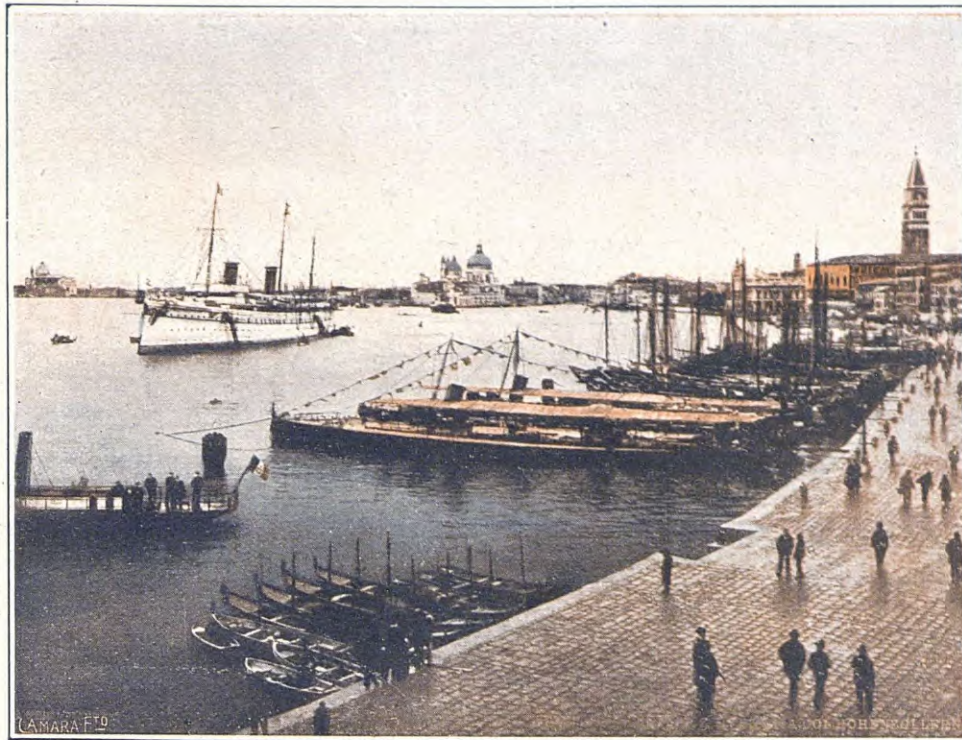
Y todo lo bello que los hombres crearon, fué ó quiso ser reflejo de algo bueno, porque en cada obra del Arte cuajó un divino anhelo del corazón... El corazón, se lo arrancaron los hombres del pecho y lo arrojaron á la brasa del incendio el día en que la universal tragedia comenzó...

No es bien, por tanto, que nos cause indignación, ni aun siquiera melancolía, el ver que esa misma llama del incendio en que ardemos se alimenta con las bellezas que pudo el corazón crear... Sobre un campo yermo ¿qué importa el granizo?, y ¿qué importa la furia del rayo sobre un hogar desierto?

ooo

Por lo demás, el superintendente de Bellas Artes de Italia, el Sr. Ongarrio, ha hecho cuanto era posible hacer para salvar los tesoros artísticos de Venecia...

Los cuadros célebres que decoraban el palacio de los Dogos y las diversas iglesias, han sido descolgados y enviados á Florencia...



El Gran Canal

Los cuatro famosos caballos de bronce del peristilo de San Marcos emprendieron ya el cuarto viaje de esa accidentada existencia que, al través de los siglos, les llevó del arco de Trajano á Venecia, de Venecia á París, y de

París á Venecia, de nuevo, para volver ahora á Roma...

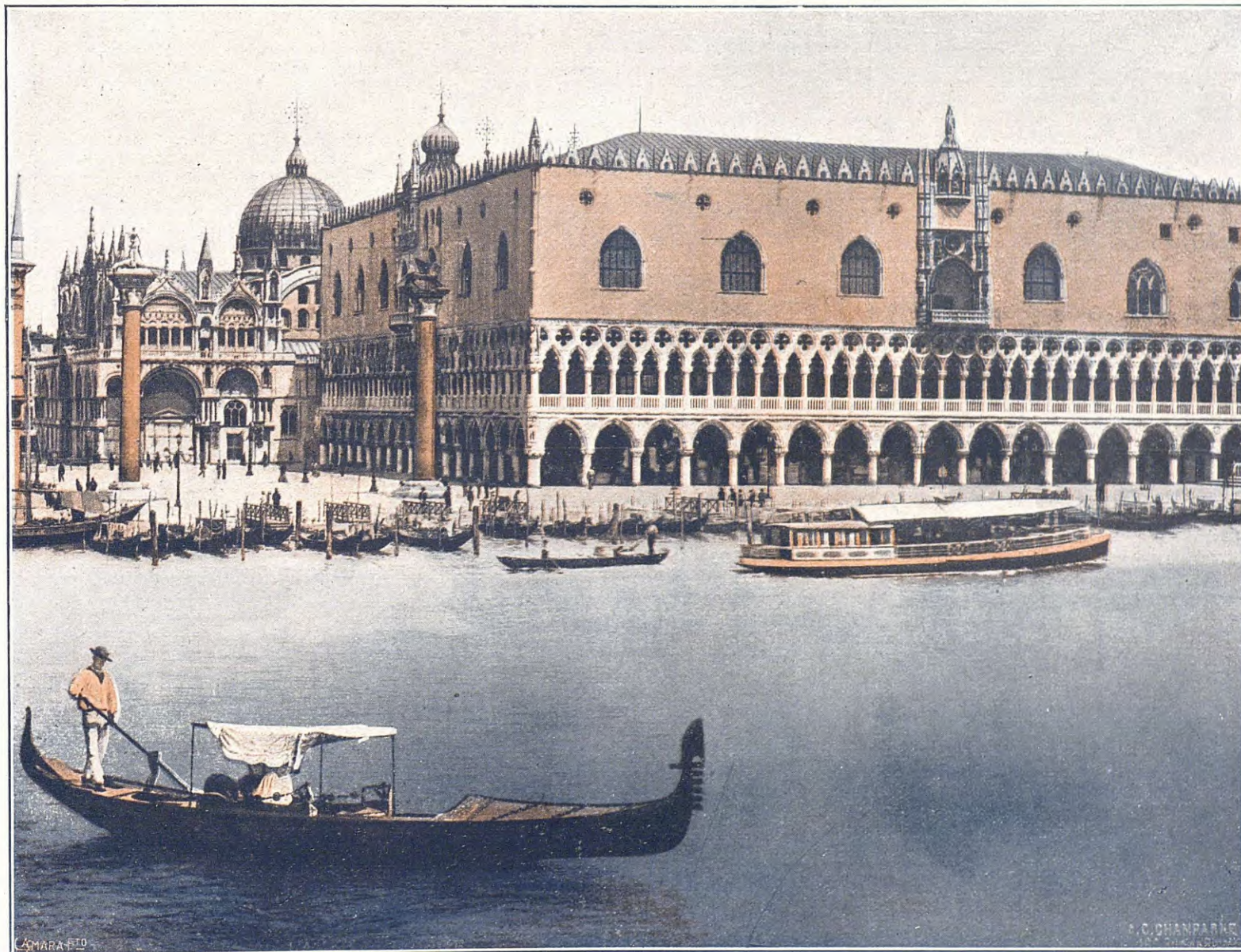
Pero, en cambio, no es fácil, ni siquiera posible, arrancar de sus alvéolos los maravillosos mosaicos bizantinos que visten el coro de San Marcos; ni mover la estatua de bronce del Coleone; ni transportar los cuarenta mausoleos del panteón de los Dogos; ni amparar las fachadas de los palazzi del Gran Canal; ni salvar á todo el resto de Venecia, que es, toda entera, una joya cincelada en piedra...

Mas ¿qué importa, al cabo?... Venecia es relicario del arte y del amor del pasado—diréis—; mas creedme, no hay razón para que la belleza sobreviviera á la bondad, y la bondad humana es ya pavesa de este fuego que una monstruosa locura encendió...

Y esta locura, de ráfagas siniestras, no pasa. Sobre los campos yermos, ateridos; sobre el suelo resquebrajado y sangriento, sigue oyéndose el alido de los lobos del odio, como una amenaza contra todas las bondades de la tierra.

ANTONIO G. DE LINARES

Paris, 1917.



El "Palazzo del Doge"



CRÓNICAS DEL OLIMPO EL GIGANTE POLIFEMO

VENDO á caza, ó más bien, pesca de ninfas, vió el dios Neptuno, entre las claras ninfas de un arroyuelo plácido, á Thoosa; y, exclamando en latín: «¡Ambulat dea!»—que equivale á decir: «¡Anda la diosa!»—, tuvo la mala idea de enristrar el tridente que era su arma, su báculo y su remo, con el sencillo fin de hincarla el diente (metafóricamente) después; mas ella, esquivada y desdeñosa, gritó, riendo á mandíbula batiente: «Por Neptuno que seas no te temo, pues sabrás que no hay dios que me *thoosa*»; con que, al oírlo, la pasión ardiente del acuático dios fué tan vehemente, que le llevó al extremo de hacer de ella su esposa morganática, ó cosa parecida, y de aquel amor supremo vino al mundo el gigante Polifemo.

Este párvulo anfibio, al par que ingente, tenía un ojo en medio de la frente, y en su edad más temprana mostró tal gusto por la carne humana, que el muy cíclope el día que nació—ó al siguiente—se arrojó despiadada y ferozmente sobre su ama de cría, con el sencillo fin de hincarla el diente (pero literalmente...).

Neptuno, que era un padre de familia marca «*Sob*» (y con esto le he llamado *desnaturalizado*), confinó al antropófago en Sicilia; y acaeció que, habiendo nau-

fragado la nave en que iba Ulises embarcado con varios compañeros suyos, bravos guerreros, camaradas leales y hombres fuertes, que habían afrontado toda clase de muertes, el hijo de Anticlea y de Laertes vióse, al volver de Troya, amenazado de sufrir la más triste de las suertes: la de ser, con los suyos, devorado por el gigante en la isla desterrado.

Y Ulises, cual sus fieles compañeros, fué en la cueva del cíclope encerrado con algunos carneros que el monóculo había aprisionado; mas como Dios protege á la inocencia, según dice una máxima ó sentencia, logró el héroe de Troya ser salvado de aquel peligro cierto que corría en poder del desalmado, torvo, feroz, *bulímico*, malvado, cruel, indócil é implacable tuerto.

¿Qué cómo se libró de ir á la hoya ventricular del ogro Polifemo?... Pues del siguiente modo: narrándole sus éxitos de Troya, que el cíclope escuchaba como un memo; dándole de beber hasta el extremo de ponerle beodo, y haciéndole saltar—de un metisaca con el cuento afilado de una estaca—su único ojo... El incauto, al verse ciego (paradoja se llama esta figura), se echó á llorar como una criatura; mas, rehaciéndose luego de aquel fugaz ataque de pavora, llamó en su ayuda á los demás gigantes, cíclopes habitantes de los múltiples antros de Sicilia, diciéndoles á gri-

tos: «¿Quién me auxilia?» Mas como, al preguntarle á Polifemo: «¿Quién te hirió?», respondiérales que *Nemo* (nadie), nombre que Ulises el Prudente se había adjudicado anteriormente, sus convencinos le creyeron loco; volviéronse á sus cuevas poco á poco, y á una voz, cuando de él se despedían: «No es nada lo del ojo», le decían...

Triunfante Ulises, gracias á su engaño, mandó á sus compañeros que—á fin de precaverse contra el daño que el ex tuerto infligirles les pudiera cuando á pastar llevase su rebaño—cada cual se escondiera como mejor supiera, merced á cuya traza pasarían los lobos por corderos; mas barruntóse el ogro la añagaza, y diciéndose: «No hay tales carneros», colocó la poterna que servía de entrada á su caverna, de un modo muy feliz, por lo oportuno, para que desfilaran uno á uno los ya dichos rumiantes, por debajo del puente que poco antes hecho había el ex cíclope arqueando levemente una pierna (no sé cuál de las dos) y, confirmando las aficiones de su edad más tierna, de cinco ó seis zampadas consiguió que otros tantos camaradas del hijo de Anticlea y de Laertes sufrieran la más triste de las suertes.

Los restantes huyeron de la quema, gracias á la ingeniosa estratagema de Ulises, y este cuento se ha acabado. Colorín, colorado...

CARLOS MIRANDA

DIBUJO DE ROBLADANO



ESCENAS DE LA GUERRA



Una fuente improvisada en una trinchera inglesa, en el frente occidental

DIBUJO DE UGO



PLEGARIA DE AMOR

¡Morenita dulce
de los ojos negros,
de la tez oscura,
de cabellos de ébano,
de tristes ojeras
y delgado cuerpo,
aunque tú lo ignoras
yo te amo en silencio!...
¡Y vivir quisiera
pegado á tus labios
bebiendo tu aliento,
licor exquisito,
mágico beleño,
ebrio ante el aroma
de tu tibio seno,
que son dos palomas

que mueren de tedio!...
Hay en tu mirada
la melancolía
de remotos sueños,
de algo inaccesible
que pasó á lo lejos,
de un algo inefable,
de algo muy secreto.
Mira con dulzura
á este pobre ciego
que perdió la vista,
la vista del alma
por tus ojos bellos,
mírale indulgente
con tus ojos negros
á este pobre loco

que muere de ensueños...
Cuenta tus pesares,
dime tus anhelos,
alivia este pobre
corazón inquieto.
¡Mi alma, melancólica,
cual pájaro enfermo,
no tiene ilusiones,
es caja de muerto!...
Ahugenta las penas
que oculta mi pecho,
grácil mariposa
de los ojos negros...

José ANTONIO VALLESPINOSA Y VIOR

DIEUJO DE OCHOA

FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA



El lago Bachalp y el picacho de Schreck, en Suiza

FOT. A. G. WHERLI

ARTISTAS DE ÓPERA □ **EL BARÍTONO BRÍAS**

Las representaciones del *Fausto*, de Gounod, en el Liceo de Barcelona, han dado ocasión al inteligente público catalán de admirar los méritos excepcionales de un novel artista, el barítono Leopoldo Brías, encargado del papel de Valentín, en reemplazo de uno de los cantantes contratados y que no pudo actuar por causas ajenas á la voluntad de la Empresa.

El éxito alcanzado por Leopoldo Brías, según reconoce unánimemente la crítica autorizada de la ciudad condal, fué franco, espontáneo y de absoluta justicia, no sólo por la belleza y volumen de la voz, sino por el vigor dramático que supo imprimir al simpático personaje lírico y la excelente escuela de canto de que hizo gala el debutante.

El ya consagrado artista nació en Manila. Pertenece á una distinguida y bien acomodada familia de aquella capital. Allí realizó sus primeros estudios bajo la dirección de la famosa soprano Salvina Fornari. Tales fueron sus progresos, que por consejo de la profesora, vino Brías á Italia con objeto de conocer la autorizada opinión del célebre Battistini. Fué ella enteramente favorable á los anhelos del joven artista. Battistini, no sólo reconoció en Brías facultades extraordinarias y un soberbio temperamento musical, sino que le recomendó con gran interés al gran maestro de canto y director de orquesta Vittorio Podesti, bajo cuya dirección ha estudiado con suma brillantez durante diez meses. Luego dió varias audiciones íntimas, ante varios celebrados artistas, en Milán. El juicio fué unánime, corroborando los vaticinios del eminente Battistini. Y poco después, el joven Brías actuaba ya con general aplauso en unos conciertos de beneficencia celebrados en Bressanate (Lago de Como).

Señalan los críticos barceloneses al barítono Brías como principales características de su arte, una gran perfección en



LEOPOLDO BRÍAS

Joven barítono, que ha obtenido grandes triunfos en el Gran Teatro del Liceo, de Barcelona, donde ha debutado recientemente

cuanto se relaciona con la emisión de voz, dicción y fraseo; arte que le hace especialmente apto para un género lírico, hoy en injusta decadencia, como lo es el *bel canto*, puesto que el drama lírico, cuya influencia preponderante en el teatro es cada día más acentuada, puede decirse que va acabando con el cantante tradicional para ceder el puesto al actor dramático lírico.

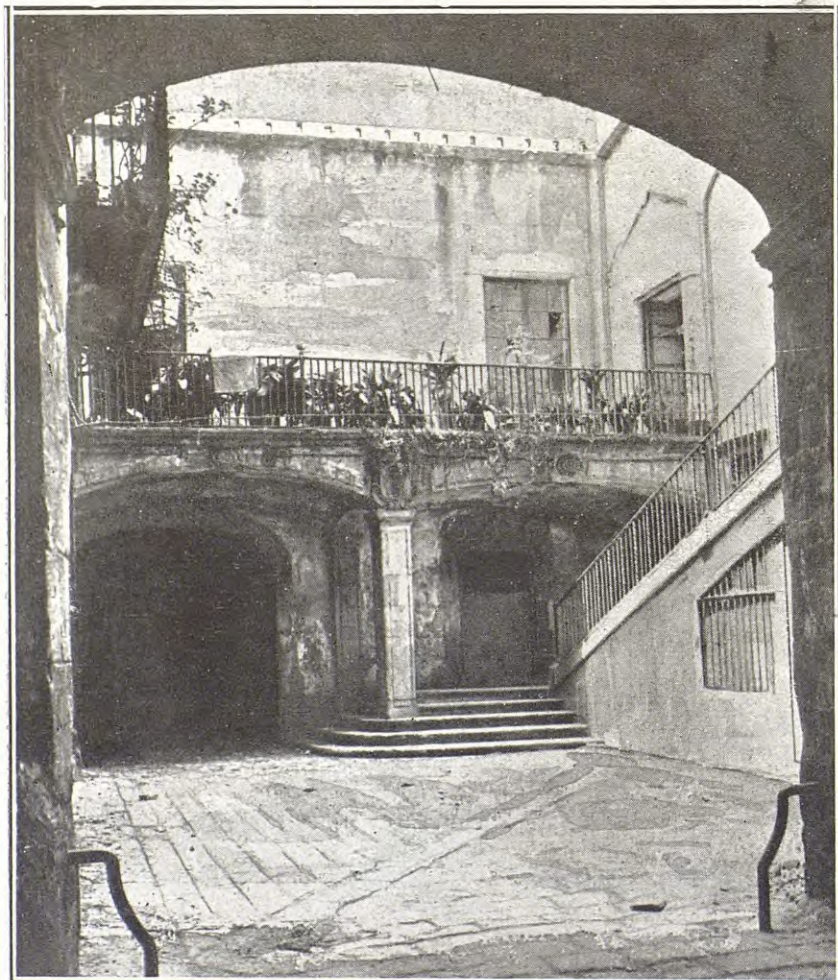
Y, sin duda, aun cuando el drama lírico acabará por desterrar de las escenas el viejo arte de la ópera, es indudable que, para sostener dignamente el repertorio de Bellini, Donizetti, Meyerbeer, Rossini, Gounod y otros ilustres mantenedores de ese género, que representa toda una época en la historia del arte musical, será necesaria la persistencia de una escuela educadora de ese arte, continuadora de sus tradiciones y de sus prestigios. Sólo así se evitará el lamentable espectáculo que suele ofrecerse en nuestros teatros de ópera, donde aparecen, sosteniendo esos prestigios y esas tradiciones del arte italiano, cantantes apenas iniciados en sus secretos y que, como consecuencia, antes contribuyen á la ruina y desaparición de la vieja ópera que á abrillantar su ocaso.

Leopoldo Brías pertenece á la noble categoría de mantenedor del *bel canto*, y llega armado de bien templadas armas. Su triunfo del Liceo será ciertamente prólogo de un brillantísimo historial.

Así lo hace esperar su natural disposición artística, la extensión y solidez de sus conocimientos musicales, su decidida vocación por el arte lírico y la buena orientación de tales condiciones. Todo esto, al servicio de una noble tenacidad, llevará muy lejos á Leopoldo Brías.

Felicitemos al notable barítono por el brillante y espontáneo éxito alcanzado en la noche de su *début* en una escena de primera categoría como es el Liceo de Barcelona; éxito que se ha ido confirmando en las sucesivas audiciones de *Fausto*.

NOTAS TÍPICAS DE CATALUÑA



Patio de una antigua casa de Barcelona



Patio de la casa de Damasés, en Barcelona

PARÍS Y BERLÍN
Gran Premio y Medallas de Oro

BELLEZA

No dejarse engañar y exijan
siempre esta marca y nombre
BELLEZA (Registados)

DEPILATORIO BELLEZA Tiene fama mundial porque es inofensivo y lo único que quita de raíz el vello y pelo de la cara, brazos, etc., sin perjudicar el cutis.

RHUM BELLEZA (á base de nogal). Gran vigorizador del cabello, dándole el brillo de la juventud. Quita las canas y las evita. Cabeza sana y limpia de caspa. Es inofensiva hasta para los herpéticos.

POLVOS BELLEZA Alta novedad. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Blancos, Rachel, Naturales, Rosados y Morenos.

En Perfumerías de España y América

CREMAS BELLEZA (líquida ó en pasta espumilla). Última creación de la moda. Blancura y hermosura del cutis, sin necesidad de usar polvos. Son deliciosas é inofensivas. (blanca, rosada y natural).

TINTURA WINTER Con una sola aplicación desaparecen las canas; cabello, barba ó bigote, hermoso castaño ó negro. Es la mejor.

LOCION BELLEZA La mujer y el hombre rejuvenecen. Firmeza de los pechos en la mujer. Las personas de rostro envejecido ó con arrugas, granos, erupciones, barros, pecas, manchas y asperezas, la bendicen. Es inofensiva.

En HABANA: droguerías de SARRÁ y de JOHNSON. En BUENOS AIRES: calle Carrito, 393
FABRICANTES: Argenté, Costa y Cia., Badalona (España).



LÓPEZ HERMANOS "Los Leones" - MÁLAGA

Propietarios de las marcas Barón del Rivera, Adolfo Pries y Cia. y Unión Vinícola Andaluza

Cosecheros exportadores de vinos finos de España. Únicos fabricantes del incomparable **A.N.S. MOSCATEL**, dulce y seco.

Bodegas de las más importantes de Andalucía. Grandes destilerías de Anisados, Coñac, Ron, Ginebra y Licores. Jarabes para refrescos. Gran Vino Kina San Clemente.

Debido á la anomalía de las actuales circunstancias, los pedidos directos deberán ser acompañados de su importe, en lo que no hay exposición ninguna para los compradores; pues siendo esta Casa de primer orden y reconocida seriedad y solvencia, están completamente garantidos del cabal y exacto cumplimiento de las órdenes que se le confíen. Para más detalles, pidanse catálogos.

PASTILLAS BOLIVAR

CATARROS, ASMA, TOS

CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO

ALFONSO FOTOGRAFO
FUENCARRAL, 6

**HIPOFOSFITOS=
SALUD**

DA VIDA
Y VIGOR
A LOS
DEBILES



SE VENDEN
los clichés usados en esta revista.
:-: Dirigirse á Hermosilla, 57 :-:



Dicen que el hombre, como el oso, cuanto más feo más hermoso. Mas, debe, en cambio, la mujer joven y bella parecer, y, como el tiempo desfigura, debe usar crema PECA-CURA.

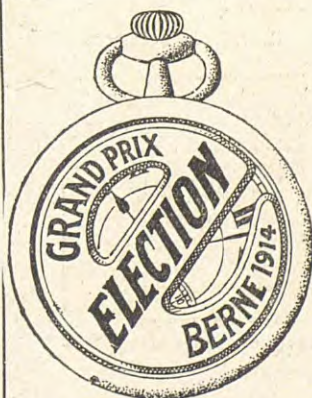
Jabón, 1,35.—Crema, 2.—Polvos, 2,20.—Agua cutánea, 5.—Colonía, 2,75, 4,25, 7,25 y 12,75 pesetas, según frasco.

CREACIÓN DE CORTÉS HERMANOS.—BARCELONA

No ganará V. jugando a ciegas
ni curará su estreñimiento con
purgantes que irritan el intestino.

LAXEN BUSTO

es un laxante suave y eficaz
que no causa molestia alguna.



RELOJ DE PRECISIÓN
"ELECTION"

Viuda de Alberto Maurer

ALMACÉN DE RELOJES AL POR MAYOR:
Carrera de San Jerónimo, 15, MADRID

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

SIROLINE "ROCHE"

El frasco *fcos* 4.

Pidase en todas las buenas farmacias.

Tomada a tiempo, la SIROLINE preserva de enfermedades más graves a los que están atacados de afecciones de las vías respiratorias: *Catarros, Tos rebelde, Gripe, etc*

Deben tomar la SIROLINE:

1. Cualquiera que se halle propenso a adquirir resfriados, porque más vale prevenir que curar.
2. Los niños escrofulosos, a los que mejora muchísimo el estado general.
3. Los asmáticos, a los cuales alivia considerablemente sus sufrimientos.
4. Los adultos y los niños atormentados por una tos pertinaz, a los que rápidamente contiene las quintas dolorosas.



¡Jamás use un Pulimento de Aceite en Ninguno de Mis Muebles!

Deseo Que Siempre Use Cera Preparada de

JOHNSON

Forma una capa protectora sobre el barniz, haciendo mayor su duración. Nunca se pondrá pegajosa; por lo tanto, no muestra las manchas de los dedos.

Ni Recogerá el Polvo:

Los pulimentos que contienen aceite retienen todo el polvo y manchan la ropa, etc. La Cera Preparada de Johnson produce un pulido duro y seco, dejando la superficie como un espejo.

Tenga Ud. siempre a la mano una caja para pulimentar:

Pisos	Pianos	Automóviles
Linóleo	Muebles	Obra de Madera

De venta en los buenos almacenes.

Invitamos a los comerciantes para que nos escriban.

S. C. Johnson & Son, 244 High Holborn, Londres, E. C., Inglaterra

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

FÁBRICA DE CORBATAS 12, CAPELLANES, 12
Camisas, Guantes, Pañuelos,
Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.

VIGOR

SALUD

rápidamente

obtenidos



con el uso del

VINO DE VIAL

Por su acertada composición

QUINA, CARNE LACTO-FOSFATO de CAL

es el más poderoso de los tónicos.

Conviene a los convalescientes, ancianos, mujeres, niños y todas las personas débiles y delicadas.

EN TODAS LAS FARMACIAS.

ALHAJAS

BRILLANTES, PERLAS, ORO, PLATA Y PLATINO SE PAGAN COMO EN NINGUNA PARTE :: VENTA DE BANDEJAS, CUBIERTOS, VAJILLAS Y VARIOS OBJETOS PLATA DE LEY, AL PESO. FERNANDEZ Y VEIGA, ESPARTEROS, 16 Y 18, TELEFONO 2.529, MADRID

Polvos de Arroz

Pierrrot

Nuevo encanto y eterna lozania, dones de MYRURGIA